

# **Cuentos Carismáticos**

Rafael García Herreros

## LOGRE HABLAR CON EL PAPA

Hace pocos días estuve en Roma. Roma es una ciudad inimaginable. Hay que vivirla. Hay que caminar por sus "strade", hay que sumergirse en el silencio de Cuatri-Coronati, hay que hundirse en sus recuerdos, en sus milenios. Pero yo iba únicamente a hablar con el Papa. No quería ver nada más.

Llegué muy temprano a la plaza de San Pedro, la atravesé en silencio, subí por las gradas enormes de piedra travertina que llevan a la basílica. Me sentí inmensamente pequeño ante su mole: eran las cuatro y media de la mañana.

Todo estaba desierto. Penetré y ví en el suelo del pórtico una inscripción latina que recordaba a Juan XXIII. No pude leerla porque estaba todavía oscuro.

Pasé precisamente por una puerta esculpida en bronce, con su retrato. La inmensa basílica estaba totalmente sola, iluminada tenuemente por alguna luces encendidas. En el fondo, una pequeña llama alumbraba la tumba de Pedro. Busqué las grutas donde se hallan enterrados los últimos Papas.

Ante la cripta de Juan XXIII estaba Paulo VI de rodillas; me le acerqué confiado, como a un padre, y le dije: Santidad. Yo soy un oscuro sacerdote colombiano. Cuando Usted estuvo allá en Bogotá, no pude verlo sino a la distancia de dos cuadras.

Qué es cuadra? Me preguntó. Cuadra son cien metros.

Quiere que le hable en latín?

Continúe en castellano, pero despacio.

Allá en el Congreso Eucarístico no le pude hablar aunque tenía algo que decirle. Qué es lo que tienes que decirme? Aprovecha ahora que difícilmente tendrás de nuevo esta oportunidad en toda tu vida.

Santidad: Usted sabe mejor que yo cómo está la Iglesia. Sabe el cisma sicológico en que se hallan algunos países. Conoce la desbandada de centenares y de miles de sacerdotes. Conoce lo que sucede en el mundo del sexo, de la violencia, de las drogas y en el mundo de las injusticias. Usted lo sabe todo, Santidad. Usted conoce lo que está sucediendo en América Latina, y seguramente en América del Norte. Los Seminarios están casi vacíos. Los inmensos conventos están casi desiertos. Los antiguos noviciados están vendiéndose. Las iglesias están semiabandonadas.

Yo, que soy un oscuro hombre lejano, quiero decirle una cosa sencilla, que seguramente Usted la sabe mejor que yo.

Sólo la fuerza del Espíritu Santo puede restablecer y salvar a la Iglesia.

Usted conoce, porque lo palpa, la inmensa mediocridad que se siente en las pocas iglesias que se llenan, incluso en esta basílica de San Pedro.

El Santo Padre me miró extrañado.

Usted sabe lo que son las iglesias solitarias. Usted lo sabe porque aquí en Roma todas las iglesias están vacías, solamente visitadas por turistas incrédulos. Lo mismo pasa en París y en Chile y en Viena y en New York y en

casi todas partes.

Actualmente el hombre necesita apartarse de la multitud y reunirse en pequeños grupos a orar y a sentirse iglesia, y a entrar en una relación íntima y personal con Jesucristo, con mayor espontaneidad, sin intervenciones.

Ruégueles a sus obispos y a sus sacerdotes que fomenten por todas partes este movimiento de pequeños grupos, y que relajen un poco el celo por su jurisdicción, por su jerarquía, en favor del Espíritu Santo y que no teman.

La Iglesia debe ser informada por el carisma; la Iglesia institucional debe ser iluminada por el Espíritu Santo y volverse carismática, como al principio, como en los primeros siglos. De otro modo ninguna fuerza atajará la desbandada. El Santo Padre me volvió a mirar con unos ojos profundos, y yo continué:

En este momento en que no lo rodean sus secretarios brillantes, políglotas, inteligentes, intencionados, escúcheme. Padre:

Esta Iglesia necesita ser informada por una nueva fuerza poderosa que se llama la fuerza de Pentecostés. Volver a lo primitivo, a lo sencillo, a lo pobre. Necesita que estas manos tuyas, Santo Padre, por intermedio de las manos de los obispos, infundan al Espíritu Santo por todas partes del mundo, a todas las Iglesias.

El Santo Padre me escuchaba con una humildad evangélica. Me parecía increíble que no hubiera llegado todavía un guardia suizo, o algún canciller cualquiera a interrumpir el monólogo.

Santísimo Padre: a usted que tiene la palabra, a usted

yo le ruego a nombre de muchos que desencadene en la catolicidad la obligación de leer el Evangelio, de leer a Pablo. Usted sabe, Santo Padre, que el mensaje de Cristo está vivo, ardiente en el Evangelio, pero la mayoría de los católicos nunca han leído el Evangelio. Ordene ese mandato a todos los obispos y hasta al último cura.

Muchos de los sacerdotes tampoco leen el Evangelio, sino solamente algún trozo por obligación, pero no por espontaneidad.

No tema: más vale que se llene la Iglesia del fervor producido por la lectura del Evangelio, a esa apatía generalizada en que se halla. Hay que temerle más a la crisis de la tibieza que a la crisis del entusiasmo religioso.

Hablemos de Cristo de un modo nuevo y eterno: estamos necesitados de entusiasmo por Jesucristo. Todo será transformado por El. Despierte al mundo, Santo Padre. Hágalo tomar conciencia de que estamos en el momento más maravilloso de la historia después de la venida del Espíritu Santo.

Desembarace a la Iglesia de muchas estructuras inútiles y sobrantes. No tema nada, como no temió Juan XXIII, ante cuya tumba estamos.

En el momento en que Usted renueve en el Espíritu Santo al mundo, en el momento en que Usted imponga las manos de nuevo a muchos y les llene del Espíritu, en el momento en que esa ola carismática se extienda en el mundo, se restaurará la catolicidad, cesará la hemorragia interminable que tiene enferma a la madre Iglesia. Entonces se llenarán los seminarios, se colmarán los conventos, serán invadidos los templos, no de turistas sino de fervorosos poseídos de Dios.

Santo Padre: he terminado. Me quiere perdonar que yo haya penetrado en esta madrugada en la Iglesia de San Pedro, y haya interrumpido su plegaria ante la tumba de Juan XXIII?

El Pontífice me miró con ojos bondadosos, sin el menor reproche. Parecía que aceptaba todo lo que le había dicho y lo guardaba en su corazón.

En ese momento vi un guardia suizo, alarmado, creyendo que podría ser un secuestrador disfrazado, vi que se acercaba para retirarme del lado del Pontífice. Ví también que un Monseñor con su obsoleta sotana morada venía corriendo, inquietísimo de que un extraño sin su permiso, hablara con el Papa.

Entonces fue cuando abrí los ojos y cuando me encontré en mi cuartucho del Minuto de Dios a las dos de la mañana, a esa hora en que los sueños son más pesados.

## EL ATEO

Este joven alto, de 22 años y de lengua cabellera, es ya todo un ateo hecho y derecho. Nacido en un hogar cristiano, había heredado la fe y la devoción como se hereda un libro. Había estudiado seis años de religión.

En sexto, es cierto, el texto y el profesor, no encontraron tema, y se redujeron a expresar ciertos planteamientos socialistas y a dar monótonas explicaciones sobre el sexo y la juventud que tenían hartos a todos los alumnos.

Llegó a la universidad con éste frágil bagaje religioso, y a los dos meses había abandonado las prácticas religiosas.

Empezó a leer a Nietzsche, a Sartre, a Gide y todo el endeble andamiaje de su fe pegada con agua tibia, se fue al suelo. Se convirtió en un ateo de pelo en pecho. Se volvió agresivo y triste. Malhumorado y despectivo.

Este joven estudia sociología y no encuentra como solución sino la guerrilla y la revuelta. No se le ocurre, como tampoco a sus profesores, investigar una fórmula social igualitaria y fraternal, pacifista y justa dentro de la libertad sin dictadura, que resuelva el problema de las diferencias sociales, y que haga a Colombia la inventora de una transformación pacífica que se pudiera extender a toda la América Latina.

Nuestro aprendiz de sociólogo sólo lee los libros fáciles y extremistas que le crean un vocabulario simplista y sin

soluciones.

El joven gusta discutir de religión con sus antiguos profesores, sacerdotes y tiene la impresión de que a todos los ha dominado.

Sin embargo ser ateo es la cosa más entristecedora que hay. Se vuelve uno irascible e infantil. No encuentra explicación a nada y tiene que quedarse en la superficie de todo.

Este joven ateo ha cogido una fobia extraña y maniática ante algunas cosas que el cree le hablan demasiado abiertamente de Dios. Por ejemplo no puede mirar las estrellas, no gusta de las flores ni de las mariposas, y no tolera mirar a través de un microscopio. Donde ve el misterio, brota su rechazo. Lentamente se ha vuelto misántropo.

Un día se encontró en un bus con una joven, perteneciente a uno de los grupos espiritualistas del Minuto de Dios. Estos jóvenes se reúnen dos veces por semana para leer la Biblia.

Se han vuelto misioneros y también agresivos desde su punto de vista cristiano. La muchacha como todos los del grupo, no puede estar cinco minutos sin hablar de Dios, de Jesucristo, así como los comunistas no pueden estar sin hablar de sus cosas y de "su plusvalía". A los pocos minutos de estar juntos en el bus, la muchacha que estaba a su lado le preguntó: Tu crees en Jesucristo? Era una pregunta inesperada.

El aprendiz de sociólogo se sonrió y le contestó: Yo soy ateo, no creo en Dios ni en los curas. Todo eso son alienaciones.

La muchacha le insistió: No quieres creer? El joven contestó: Eso no es de querer, sino de poder, de convencerse. Yo no puedo creer. No vengas a probarme con argumentos la existencia de Dios, porque me los sé de memoria, y me han dejado frío.

La muchacha le contestó: Precisamente no te quiero probar nada. Yo conozco también las pruebas y no me dicen nada.

Pero yo conocí a Dios cuando tuve una experiencia personal con Jesucristo. Fue y es algo maravilloso. A Dios no se le conoce en los libros, se le encuentra por una experiencia íntima. A Dios no se le hereda, a Dios no nos lo entregan otros, sino Dios se da directamente a través de un acontecimiento personal y directo. Tu no quieres tener esa experiencia personal? La muchacha lo miraba con sus ojos bellos y sonreía dominadora mostrando sus dientes increíbles. El universitario se sentía cohibido en el bus y dominado. La muchacha continuó: Por los caminos intelectuales nunca se llega a Dios, es por los caminos del corazón, es humillándose, cayendo de rodillas ante El y pidiéndole la fe. No hagas tú el ridículo delante de Dios. Haz un acto de fe en Jesucristo como Salvador. El te perdonará los pecados. El te regenera y te reconstruye la vida, porque yo veo que tú estás triste, no es cierto?

\*Sí, contestó él. Reconoce que eres pecador, que estás destituido de la gloria de Dios como dice Pablo a los romanos (3,23).

El universitario le preguntó. Tú eres protestante? La muchacha le respondió: No seas tonto, yo soy católica, romana. Y continuó: Dios es compasivo con el pecador

como dice Lucas (18,13). Arrepiéntete, porque si no te arrepientes, perecerás. Y te digo esta palabra que no debes olvidar, que está aquí en el Evangelio de Juan, capítulo 3, Vers. 16, y abrió el Nuevo Testamento que llevaba en su carriel: "De tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él crea, no perezca sino que tenga vida eterna".

La muchacha le agarró la mano al joven, se la apretó extrañamente y le dijo: Recibe a Jesucristo, porque todos los que lo reciben y creen en El, tienen potestad para ser Hijos de Dios, los cuales no son engendrados de la carne, ni de la voluntad de varón, sino de Dios. Esto también lo dice Juan en el capítulo 1, Vers. 12-13.

Oyeme: Ya estoy llegando y me bajo del bus. Y te quiero decir lo último. Si no aceptas a Jesucristo, si no crees en Dios, tu vida será miserable así como lo oyes. Te invito a que vengas al Minuto de Dios a nuestras reuniones de los viernes y de los domingos a las 8 y media de la noche en la biblioteca de la casa de la comunidad.

Allí nos reunimos para orar, para leer la Palabra, para cantar.

Nos ha cogido a todos una alegría inmensa.

Todos somos felices; tú no te imaginas la alegría que produce creer en Jesucristo y entregarse a El. Aquí es mi parada; me bajo del bus, dame paso. El universitario preguntó: Cómo te llamas? Eso no importa. Un nombre de clase media. Si vas al Minuto, te diré cómo me llamo.

Lo más importante es que conozcas el nombre glorioso de Jesucristo.

## LOS CAMINANTES

Por el camino polvoriento que se pierde a lo lejos marchan los tres caminantes.

Habían terminado sexto año de bachillerato y querían hacer una experiencia de libertad y de plenitud antes de ingresar a la Universidad.

Querían respirar el aire limpio, querían encontrarse con los hombres, no eran hippies, no habían probado la marihuana, eran tres muchachos cristianos que sentían el deber de cumplir una misión evangélica.

No sabían cómo la iban a realizar. En el camino se les iría descubriendo la manera. En sus morrales no llevan casi nada: La Biblia y un vestido para cambiarse. Querían experimentar la pobreza, querían entrar en contacto con la naturaleza y vivir distinto de la ciudad.

Mientras caminaban pasaban de vez en cuando los arrieros con sus cargas. Pasaban algunos "escueleros" que venían de la humilde escuelita blanca. Pasaban algunas mujeres con un tercio de leña a las espaldas. Se veía los campesinos en las parcelas, las ovejas, las cabras y las vacas.

A mediodía tuvieron hambre y se acercaron a un rancho. Los recibieron con cordialidad mezclada de desconfianza. En el quicio del corredor de estantillos de cañahuate, empezaron a cantar un canto religioso acompañados de una guitarra que llevaban. Después uno de ellos, tomando la Biblia, preguntó: Quieren que les leamos el Evangelio? La respuesta natural fue: -Uds. son protestantes?

-No, nosotros somos católicos. Empezaron a leer el capítulo III de San Juan: "Es necesario nacer de nuevo". Alrededor de ellos se fue creando un ambiente de cordialidad campesina. Los oyentes descubrieron algo que nunca habían sentido. Entrevieron una posible nueva vida; una relación íntima con Dios que no habían experimentado nunca.

El dueño de casa con el arreador en la mano oía como saliendo de un sopor secular. Nunca había escuchado leer de cerca la Palabra de Dios.

Nunca aquel campesino que se emborrachaba todos los domingos después de misa en el pueblo, había oído el pasaje evangélico tan precioso y tan cercano: "Es necesario nacer de nuevo".

Los campesinos los invitaron a tomar un plato de mazorra, y luego los jóvenes bachilleres se despidieron y les dejaron un librito del Evangelio de San Juan y siguieron su camino.

Aquella familia campesina quedó impresionada. Hubieran querido que permanecieran ahí ese día pero los muchachos estaban atraídos por el camino. El camino seguía soleado, bordeando un torrente.

Los tres jóvenes oraban y leían algunos pasajes de la Escritura. Fran católicos renovados y querían cumplir con una misión antes de entrar en la rutina de la universidad.

Pertenecían a un grupo de oración, habían recibido la renovación espiritual, lo que llaman los carismáticos, el "Bautismo en el Espíritu Santo".

Les había brotado un deseo incoercible de predicar el Evangelio. Por la tarde divisaron el pueblo.

Era un pueblito pequeño de calles desiguales y silenciosas.

Allí estaba el cura, el alcalde, el boticario, el tendero, el estanquero, también estaba el carnicero, el herrero, la señorita encargada del puesto de salud y el Sargento de Policía.

Llegaron al pueblo. En la plaza se sentaron y empezaron a tocar con su guitarra un canto religioso.

Alrededor de ellos se reunieron muchachos y muchachas del pueblo y se hizo un grupo de más de treinta mozos. En el viejo escaño de la plaza que decía: "Obsequio de la Fábrica de Licores" se formó el grupo.

Los estudiantes les enseñaban a sus oyentes un cántico de alabanza al Señor. En la plaza se oía la música religiosa cuya letra decía: "Alabaré, alabaré, alabaré a mi Señor".

Se asomaron a las puertas respectivas el boticario y el tendero. El alcalde mandó a un agente de policía para ver que sucedía. Qué era aquello inusitado que se oía en la plaza silenciosa del pueblo? Si serían protestantes?

El Señor Cura Párroco salió al atrio de la iglesia interrumpiendo la inscripción de una partida de bautismo y miró desde lejos el acontecimiento extraño: un canto religioso en la plaza de su pueblo desolado. Lo oyó cuidadosamente y no le pareció erróneo. Le pareció ortodoxo.

Cuando los tres estudiantes divisaron de lejos al cura en la puerta de la casa cural, se levantaron y se dirigieron hacia él. Con ellos se vino todo el grupo. Saludaron al

párroco y le pidieron permiso para dialogar con los jóvenes, más cómodamente en la iglesia.

El párroco se interrogó íntimamente. Serán éstos los pentecostales de que tanto hablan? Los muchachos empezaron a enseñarle cantos a su auditorio, y después abrieron la Biblia y leyeron un trozo. Era el capítulo 7 de San Juan que hablaba de "Ríos de Agua Viva" en el Verso 37.

Uno de ellos leyó con una voz prodigiosa: "En el último día de la fiesta, el más solemne, puesto en pié, Jesús gritó: "Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba, el que crea en mí", como dice la Escritura: De su seno correrán ríos de agua viva".

Otro explicó el pasaje con voz profunda, con una absoluta sinceridad. Si alguno tiene sed, debe venir a Jesucristo. El es el Agua Viva. El es el torrente que salta hasta la vida eterna. Todos Uds. tienen sed en lo íntimo de su alma. El Señor Cura Párroco estaba en la última banca de la iglesia oyendo y admirando. Eran ya cuarenta personas las que estaban escuchando a los jóvenes. Un auditorio totalmente subyugado por ellos. Si alguno tiene sed que venga a mí y beba, repetía el muchacho,

Estas palabras las dice Jesús para nosotros. Es seguro que algunos de ustedes tienen sed, deben venir a Jesucristo.

En el auditorio había una joven de 17 años que estaba mirando impresionada a los predicadores. Era la principal muchacha del pueblo, la más bonita, la que estaba estudiando en la capital, la hija del cacique del pueblo, la dueña de la hacienda.

Después que terminó la sesión, la muchacha se acercó al grupo y les dijo: Yo quiero irme con Uds., quiero ir a predicar a Jesucristo.

Le dijeron: Tiene que dejarlo todo si quiere venir con nosotros. Vamos a caminar un largo camino. Vamos a predicar por los pueblos de la cordillera, vamos a aguantar hambre y sed.

Esto nó tiene sino solo dureza y esperanza. No crea que le vamos a hacer el amor. No crea que la vamos a exhibir como una muchacha bonita. Va a ser predicadora de Jesucristo.

-Yo lo sé. Dónde van a dormir esta noche? -En la plaza del pueblo si nadie nos da hospitalidad.

-Vengan conmigo y duerman y coman en mi casa. Mañana nos iremos todos juntos. Salieron de la iglesia, se despidieron del párroco y se fueron a la casa de la muchacha. Era una casa grande con un bello jardín perfumado. La mamá de la niña los recibió extrañada, pero ahí mandaba la joven.

El papá llegó más tarde a caballo, sudoroso de revisar la hacienda. Se les ofreció de comer y los muchachos comieron y aprovecharon para hablar de Jesucristo.

Después durmieron en una alcoba cerca del cuarto de las monturas. •

Al día siguiente fue la tragedia. La muchacha le dijo a la mamá que se iba con ellos. Los muchachos salieron de la casa y se sentaron en el escaño regalado por la "licorera Departamental" a aguardar a la niña.

Al rato salió la muchacha de la casa un poco llorosa. A sus espaldas se había echado el morral de su hermano y se había calzado unas sandalias.

En el sofá de la casa quedaba llorando la mamá, casi privada, y por el corredor se paseaba el papá con el revólver al cinto, dudando si debía meterles un par de tiros a los muchachos que habían sonsacado a su única hija.

Todo el pueblo salió a ver la despedida de la niña. En tres minutos lo supieron todos. Todos murmuraban que la muchacha más bonita del pueblo se largara con tres mozos evangélicos. Era el colmo.

Las comadres se asomaban a las ventanas, el alcalde llamó a los tres muchachos y los interrogó severamente y les hizo una requisita pormenorizada. Pero tenían los papeles en regla y no hubo más nada que hacer que dejarlos marchar.

Siguieron por el camino. El camino estaba bordeado de sauces. Mientras andaban el mayor, que tenía 19 años, empezó a explicar a la recién llegada:

Vamos a ir por los caminos del mundo. Vamos a predicar el Evangelio, vamos a anunciar a Jesucristo Vivo.

Toda esta gente necesita una gran predicación evangélica, tienen un cristianismo sin Cristo, tienen un cristianismo en que se mezcla la fe y el pecado. Vamos a predicarles un cristianismo limpio, a predicar la salvación y Ud. va a recibir el Espíritu Santo. El diálogo fue largo y profundo.

A mediodía, bajo unos árboles cerca de un arroyo, comieron el pan y el queso, "Mantequilludo", que la joven

había sacado del seibó de su casa. Después se leyó la Biblia, se cantó un canto que dice:

"Cristo es el campo que tiene un tesoro, por El todo lo venderé, todo lo venderé", y después siguió la marcha.

Se llegó a una ciudad, universitaria; fría y colonial. Era las cinco de la tarde. Los cuatro jóvenes se dirigieron al parque al frente de la catedral y allí comenzaron a cantar. Esta era su táctica.

Se les fueron reuniendo jóvenes universitarios que salían de la facultad. Los rodearon con curiosidad y empezaron a burlarse de ellos. "Lo que necesita el mundo no es rezar, es hacer revolución. Uds. son unos alienados, ya nos lo habían dicho. Este es un escapismo ante la revolución".

Los cuatro muchachos cantaban tranquilamente. De un momento a otro empezó a hablar la niña. Habló con un poder increíble. Habló de Jesucristo, de la salvación, de la Nueva Vida, de la esperanza, habló de la próxima venida de Jesucristo. Habló de la experiencia del Espíritu Santo.

Los muchachos quedaron en silencio oyéndola, y se fueron sentando en el suelo totalmente concentrados en la Palabra.

Tenía la muchacha un acento, unos ojos, una fuerza, un testimonio que no habían encontrado en ningún sacerdote. Después la muchacha les dijo: Voy a enseñarles un canto, lo van a cantar Uds. conmigo, y cogió la guitarra.

Lo aprendí esta mañana, lo escribimos en el camino y yo le puse la música. Este canto dice así: "No hay nadie como Cristo, lo demás no vale nada".

La voz de la muchacha resonaba en la plaza y caía sobre los jóvenes universitarios electrizándolos.

Ahora nos vamos a dormir. Quién de Uds. quiere darnos posada?

Uno que parecía el más distinguido de todos, un joven de melena negra, les dijo: Vengan a dormir a mi casa, y en el camino les iba diciendo: Yo me voy con Uds. Yo necesito para mis estudios, necesito respirar, necesito encontrarme a mí mismo. No me he demorado ni un momento desde que tengo uso de razón. Siempre estudiando, nunca he sido yo mismo.

La muchacha lo tomó de las manos y le dijo: No creas que vienes como a una aventura, vienes en el seguimiento de Cristo. Nosotros te enseñaremos el Camino, y recibirás el Espíritu Santo, serás testigo de Cristo.

Iremos por todos los caminos. Marcharemos incansablemente, solamente nos pararemos cuando haya un hombre para hablarle de Cristo.

En la casa del muchacho durmieron esa noche. Al día siguiente siguieron el camino en silencio. Parecía que los inundara Jesucristo. Tenían todo un mundo de ensueño, ante su mirada.

De repente se oyó por la carretera un carro que venía. Frenó en seco a pocos metros de ellos. Era un flamante automóvil. Se bajó un joven elegante y les dijo: Yo quiero irme con Uds. también.

Podemos seguir en el automóvil. Tengo una tarjeta de Crédito y podremos ir comprando lo que necesitamos. Yo también quiero predicar a Cristo. Hubo un momento de silencio. Los cinco caminantes se alejaron de él pa-

ra orar.

Después regresaron y le dijeron al joven: Usted no puede seguirnos. Esto es para los libres interiormente, para los que lo abandonan todo, para los hombres del Evangelio.

En el momento en que andemos en ese carro, se acabará nuestro mensaje. En el momento en que presentemos una tarjeta de crédito, no tendremos fuerza. La predicación de Jesucristo no la pueden ejercer los ricos. Tu necesitas liberarte de las riquezas en absoluto. Te agradecemos, lo sentimos, pero en ese carro no se puede ser predicador de Jesucristo.

Ve a tu casa, abandónalo todo, búscanos a pie, sin nada, por este camino nos encontrarás un poco adelante.

## LA COMUNIDAD

Los diez muchachos de esta historia había venido de una larga misión y habían caminado por distintos pueblos y aldeas. Habían predicado el puro evangelio ante los jóvenes y ante los adultos.

Ante un mundo que se había instalado en una extraña religión de pecado y de fe, de ritos y de folclor, de todo, menos de un compromiso de adoración, de alabanza y de entrega a Jesucristo en un estricto seguimiento evangélico.

Habían predicado una cosa sencilla y simple: es necesario nacer de nuevo. Es necesario hacer una opción personal por Cristo, después del bautismo y después de la confirmación, que comprometa toda la vida.

Es necesario cambiar radicalmente nuestra actitud religiosa por una actitud de una perfecta sinceridad, estrictamente de acuerdo con el mensaje de Jesús.

En algunas partes los habían recibido bien, y se habían formado grupos de oración, de alabanza y de lectura bíblica entre jóvenes y adultos que nunca antes habían sentido esta nueva dimensión.

En otras partes los habían rechazado y se habían tenido que devolver sin tristeza, después de una larga jornada fatigante por las carreteras. Habían sido rechazados por los directivos del pueblo, exactamente como pasaba a los apóstoles.

Los diez muchachos regresaron a la ciudad cansados y

alegres. Habían sufrido juntos, habían leído y habían leído y se habían llenado de ilusiones: La gran alegría de la predicación de Jesucristo. Habían descubierto juntos el deber inaplazable de la evangelización. Los apóstoles también llegaban gozosos.

A su regreso se sentaron sudorosos en la plazoleta del Minuto de Dios. Esta plazoleta es propicia para la ensoñación y para los proyectos.

Ahí se reúnen los jóvenes contestatarios del Minuto de Dios a soñar en la revolución social.

Ahí se juntan los románticos con sus guitarras, ahí se dan cita los poetas a recitar sus extraños versos modernos.

Ahí se convocan también los niños del Barrio a jugar con las palomas que invaden la florecida plazoleta.

También allí se reunieron los diez muchachos, entusiasmados por Cristo a preguntarse qué debía ser su vida de ahora en adelante después de la misión.

Eran cuatro muchachas y seis jóvenes. Todos de quinto y sexto año de bachillerato, alguno universitario. La edad más bella e increíble del hombre.

Allí estaba Myriam con sus ojos soñadores y profundos. Ahí estaba Constanza, inteligente, bella y pálida como una virgen.

Estaba Clara que tenía una voz lejana como si viniera de un abismo. Estaba Francisco filósofo enamorado de Jesucristo. El era el jefe natural de todos por su amor y por su prudencia.

Estaba Fernando, discreto y enérgico. Estaba Reinaldo ordenado y organizador. Estaban todos ahí, los diez. Es-

taba Alberto, el atleta que se había entregado a Cristo, Estaba Manuel, que había recorrido extraños caminos en su vida y que a los 19 años había hecho una síntesis que centraba totalmente a Jesucristo.

Ahí estaban los diez que se habían entregado a Jesús y ya no podían separarse. Se amaban profundamente, con un amor extraño e inusitado en el mundo moderno. Aquella conversación en la plazoleta fue memorable y terminó con una oración profunda.

Los diez jóvenes se decidieron a vivir juntos, en comunidad, pero dónde? Cómo se sostendrían? Ellos pensar en el cura. En el viejo cura joven de la parroquia. Le iban a proponer que los recibiera en la enorme casa cural vacía, en donde según contaban, espantaban los duendes.

Esas casas curales más o menos sub-utilizadas donde solamente hay un cura y una cocinera, llenas de telarañas y de imágenes en desuso, llenas de nostalgia y de soledad.

El grupo llegó donde el sacerdote. El sacerdote todavía leía latines. Había sido un humanista. Estaba leyendo de nuevo el cuarto libro de la Eneida de Virgilio. Aunque no alejaba sus ojos de la Biblia, no había podido abandonar sus autores clásicos latinos y griegos, a pesar de que muchas veces lo había pretendido.

Los jóvenes lo saludaron y le propusieron al cura:

Quisiéramos vivir en su casa, señor cura. Vivir bajo su tutela, pero con plena libertad. Dios nos llama a formar una comunidad. El Señor cura cerró el viejo libro, se quitó los anteojos y sonriente los hizo repetir la petición inusitada:

Quieren Uds. vivir en mi casa, muchachos y muchachas

juntos? y qué dirá el Señor Vicario y qué dirá la gente?  
No tienen nada qué decir, ni nada qué maliciar. Nosotros les enseñaremos, por nuestra conducta, que se puede vivir puros en el mundo de hoy, sin malicia, como hermanos. Ud. sabe, Padre, lo que está exigiendo el Espíritu Santo ahora: La unión, el amor, la fraternidad, la comunidad.

Ud. sabe, Padre, que en el mundo cristiano se están formando comunidades que son la nueva dimensión de la iglesia.

Ud. sabe que en Ann Arbor (USA), hay una comunidad hasta de mil personas, participando, fraternizando y construyendo el nuevo cristianismo. Lo mismo en Chulavista, San Diego, lo mismo en Munich, Alemania. Por qué no comenzamos también aquí una comunidad cristiana ejemplar?

Y cómo se sostendrían? preguntó el cura. Porque esta parroquia a duras penas si da para mi modesto sustento y el del coadjutor. Uds. saben lo poco que se recoge los domingos. Nosotros trabajaremos, Padre, en los tiempos libres, iremos al colegio y en todo tiempo vacante estaremos trabajando.

En qué pueden trabajar Uds.?

Nosotros podemos trabajar en cuero, en lana, podemos encuadernar, trabajar en juguetería, en muñequería.

Podemos sembrar el huerto vacío que tiene la casa cural, y vender las flores.

Déjenme pensar. Uds. me están cogiendo de sopetón. Mañana les doy mi respuesta.

El cura oró largamente. Era un nuevo problema y una

nueva responsabilidad que se echaba encima. Tantos problemas que tenía. Sin embargo fue iluminado por Dios de que los caminos de la nueva Iglesia deben llegar a formar comunidades reales, no simplemente cofradías en iglesias, de media hora cada semana.

Familias que se unan, que compartan sus vidas, y ésta de jóvenes era también una modalidad de la operación del Espíritu Santo, a la cual no se le debía cerrar las puertas por temor.

Al día siguiente de nuevo se reunieron y el cura les dio la afirmativa. Los aceptó a Uds.

Pero quiero preguntarles:

Cuáles serán los fundamentos de esa comunidad juvenil? Ellos contestaron:

La oración, el estudio y el trabajo. El amor fraterno y un profundo compromiso.

Los muchachos empezaron a vivir en la casa cural con la más absoluta naturalidad. Muchachos y muchachas de 16, 17 y 18 años. Organizaron sus cuartos, unos para las niñas, otros para las jóvenes. Allí comenzó la comunidad. Una comunidad extraña en el mundo de hoy.

En este mundo de películas pornográficas, de amor libre, de relaciones prematrimoniales, en este mundo de disipación, comenzó la comunidad juvenil de amor fraterno, de trabajo y de vigiliass completas de oración.

Y esa comunidad ha seguido normalmente su camino. Una comunidad en que los muchachos se levantan y se acuestan cantando cantos de alabanza al Señor, En que se tiene una hora de adoración y de éxtasis ante Dios. En que los muchachos se van al estudio fervorosos y

no pierden oportunidad de predicar a Jesucristo.

En los ratos libres trabajan activamente para sostenerse. Todos los domingos hacen el análisis de su comportamiento en la semana, se arrepienten, se corrigen y se estimulan.

Se llenó de alegría la solitaria casa cural, como otras tantas casas solitarias y aburridas, llenas de telarañas y de viejas cosas inútiles. Se llenó de pureza y de fraternidad. Los muchachos han creado un ambiente de respeto increíble entre sí. De amor, de sencillez como en la primitiva iglesia.

Sueñan con algo que se está gestando en el mundo: el reino de Jesús. Sienten totalmente la necesidad de predicar a Jesucristo.

Se preparan para ocupar un período de su vida en misionar por los pueblos, por los barrios y por las veredas de Colombia.

Han conocido que se puede ser hermanos, íntimos, sin que aparezcan las oscuras tendencias de la malicia, del hombre de pecado.

Los muchachos se sostienen ampliamente con su trabajo, se han vuelto expertos artesanos y venden hábilmente sus artesanías.

Producen los más bellos bolsos de cuero que están entrando en el comercio. Pero lo más maravilloso es la adoración y la alabanza, el estudio que hay en la comunidad. Posiblemente más fervorosa que muchos noviciados entristecidos. Que muchos seminarios lánguidos. Es la obra exclusiva del Espíritu Santo, portentosa, libre, original, Siempre renovada.

A la casa cural llegan muchos jóvenes a conversar con ellos, a orar con ellos, a participar de su riqueza interior. Esta comunidad es el resultado natural del movimiento de renovación en el Espíritu Santo. Los jóvenes que durante largo tiempo oran, los adultos que semanalmente se encuentran en plegarias, no hallan otro camino sino el de formar comunidades y participar de los bienes. Comunidades de fraternidad, de compromiso, de participación, de sumisión.

Comunidades que van a ser la savia del mundo y el nuevo injerto del árbol cristiano. Esto llevará a grupos de familias a unirse, a fraternizar, a intercambiar, a participar todo. Se van a descubrir tipos de comunidades más radicales que las tradicionales, alimentadas por el amor a Jesucristo, por la alabanza y por el seguimiento del Evangelio.

Es posible que muchos jóvenes querrán pasar algunos años de su vida en el ámbito fervorosísimo de las nuevas comunidades, predicando a Jesucristo y alimentándose del Evangelio.

Este cuento totalmente histórico abre perspectivas para los sacerdotes de los pueblos con sus casas curales solitarias e inútiles.

Abre perspectivas también para muchos jóvenes que encontraron a Jesucristo en los grupos de oración, pero que sienten que algo les falta: formar la comunidad cristiana que es como consecuencia del amor y de la presencia del Espíritu.

## CUENTO SOBRE UN JOVEN TEOLOGO

Este joven teólogo vive en un seminario en crisis. En este claustro se reúnen veinte seminaristas pertenecientes a tres diócesis. Estudian antropología, psicología, sociología y un poco de historia de la filosofía. También "rezan".

Todos los seminaristas son agradables conversadores. En sus ratos de descanso oyen discos modernos y los sábados van a cine para enterarse del movimiento del cine moderno.

El joven teólogo de este cuento, toma las cosas en serio y esta actitud es peligrosa. Comenzó por estar nervioso, por pasearse a largos pasos en el claustro a solas por la noche. Qué estaba pensando?

Un solo pensamiento, pero agobiador. Un pensamiento cuya magnitud, cuyo alcance media él muy bien en sus estudios y con su espíritu inquieto y soñador.

Era una idea que no le dejaba vivir tranquilo como viven los demás. Esta idea era la más conocida del mundo y la más repetida entre los cristianos. Que Dios se había hecho hombre por los hombres y que había habitado entre ellos.

Dios, el Verbo Eterno hecho hombre, por mí, por un hombre. Esta era la frase que le golpeaba el alma a toda hora, desde que empezó a leer algunos libros entre ellos el Evangelio.

No podía ser sino porque estaba loco, ya que todos la oyen y no se conmueven. Quién es Dios? Cómo es posible que Dios haya venido a la tierra por un hombre? Será cierto ésto? Y si es cierto, por qué vivimos tranquilos los hombres?

Pensando esto apretaba las manos temblando, y se paseaba febril a lo largo de los corredores del claustro. Su sombra se alargaba entre las arcadas. Un día de esta extraña inquietud, tocó a la celda de un compañero.

Lo encontró en compañía de otro amigo jugando naipes. Y el joven teólogo les preguntó: Ustedes creen que Jesucristo vino al mundo? Claro que sí, contestaron.

Creen que Jesucristo es Dios? Claro que lo creemos.

Y si eso es cierto, que Jesucristo es Dios y murió por nosotros, cómo es posible que Uds. estén ahí jugando naipes, olvidados de Cristo? Por qué ustedes nunca hablan de Cristo? Por qué para ustedes Cristo es un nombre que sólo se pronuncia en la clase de teología y después se olvida? Cómo es posible que Cristo no sea para ustedes un Dios Vivo y Cercano? Ustedes futuros sacerdotes? Por qué no predicán ustedes el nombre de Cristo en vez de jugar naipes? Todo esto me parece ridículo.

Y el joven teólogo salió desesperado de la celda, sin haber hallado ninguna respuesta seria. Mientras tanto los dos jóvenes se quedaron en silencio pensando en realidad que su vida era completamente ilógica. Que se habían consagrado a Cristo y estaban jugando naipes.

Pasaron los días: Una tarde estaban dos estudiantes en la cálida cafetería del seminario. Era domingo. Todos oían radio y jugaban dominó.

En medio del salón aparece el joven teólogo enfermo de pensar en Cristo, e interrumpe en los juegos diciendo: Ninguno de ustedes piensa en Cristo y El es Dios, murió por nosotros. Ustedes no deben jugar, si olvidan a Jesucristo durante el juego.

Luego soltó a llorar como un niño. Un compañero se le acercó y le dijo cariñoso y compasivo. Pero qué te pasa? Estás loco...?

Los demás se quedaron un instante en silencio, pensando en Cristo. Era una especie de locura contagiosa.

El tercer caso gravísimo que sucedió a este joven teólogo, fue con ocasión de la fiesta del patrono del Seminario.

Se reunieron en la casa tres monseñores, Se les sirvió banquete, y el joven teólogo le tocó por turno, atender la mesa de los monseñores, el teólogo se fijaba atentamente en lo que hablaban los monseñores. No hablaron ni una sola vez de Jesucristo durante todo el almuerzo. Hablaron de todo menos de El.

Hubo chistes y graciosas sugerencias políticas. Al fin de la fiesta el joven teólogo se atrevió a decir a los monseñores, con una voz increíble.

Monseñores: ustedes han estado hora y media hablando de todo, menos de Jesucristo. Esto me parece ridículo en ustedes, monseñores.

Los monseñores quedaron pálidos de extrañeza y se retiraron en silencio de aquel desapacible seminario.

Ese día por la noche se reunió el Consejo de la Casa para deliberar sobre la suerte del joven estudiante de teo-

logía. Se trataba de expulsarlo del seminario o enviarlo a un manicomio.

El superior expuso el caso del muchacho enloquecido por el misterio de la Encarnación. Casi todos fueron de opinión que el joven estaba loco por haber leído demasiado a Kierkegaard y a Pascal, y por haber entendido mal el Evangelio de San Juan. Sólo un humilde sacerdote que había pasado la vida en silencio pensando en lo mismo, Dios hecho Hombre, se atrevió a decir con voz tímida que podía ser que no estuviera loco el mozo, sino que tuviera toda la razón. Que los que estaban locos eran los cristianos, que aceptaban el misterio de la Encarnación y no volvían a pensar en él.

Mientras tanto el joven desesperado ante la realidad inmensa de Jesucristo que vino al mundo, que está en el mundo y que no es amado de los hombres se paseaba por los corredores ensombrecidos con sus ojos turbios de mirar a Jesucristo ensangrentado.

Los compañeros lo miraban desde las celdas, donde estudiaban psicología, sociología y antropología.

El joven teólogo cuando vio que querían llevárselo a una clínica de reposo, tuvo una reacción tremenda de energía.

Yo no estoy loco. Yo me salgo de aquí, quédense ustedes tranquilos, sigan distrayéndose. Ustedes como futuros curas sigan estudiando su sociología, su psicología, sigan viendo cine y oyendo discos modernos, o jugando naipes y dominó.

Yo me voy. Y tengo seguridad de que encontraré con quien compartir mi agonía. A quién decirle desesperadamente que Jesucristo es Dios, que Jesucristo nos ama,

que Jesucristo está vivo. Los pobres me recibirán.

Reuniré a los campesinos de las veredas y les hablaré. Yo no estoy loco. Los que son absurdos y ridículos son ustedes que profesan fe en el Señor y no saben hablar de El, y les da pena, y les parece indiscreto hablar abiertamente de Jesucristo.

## LA LEJANA PARROQUIA

Esta es una lejana parroquia de tierra caliente. Unos cuantos ranchos decrepitos roscan la Iglesia de Zinc, empañetada de cemento. En la Iglesia se fatigan de pie perpetuamente imágenes de santos compradas en un almacén de pacotilla.

Por la única calle de la aldea transitan de vez en cuando unos burros arriados por un hombre silencioso.

En una casa de paja hay una tienda donde se venden víveres y algunos remedios caseros. Más allá la escuela mediocre. Todo es pereza, todo es melancolía en esta tierra caliente sin esperanza. El cura lleva dos o tres años en este lugar. Es más o menos joven. Pero se siente totalmente decepcionado.

Se pregunta que sentido tiene su vida, trabajando donde no encuentra la menor respuesta. Donde nadie va a misa donde hay una apatía general e inquebrantable.

Un día este cura desilusionado que no sabe que hacer, que no vé posibilidad por ninguna parte fue a la ciudad; necesitaba desahogarse; necesitaba ver algo distinto. Necesitaba al menos ir a cine.

Al frente del paradero de los buses hay una librería. Allí se venden libros religiosos: la mayoría protestantes. Hojeándolos encontró un libro del Doctor Frost y sin saber porqué lo compró. El título le dió una lejana esperanza. El libro se llama: "Ardiente en el Espíritu". El cura empezó a leerlo en el largo viaje de regreso de la ciudad ha-

cia la aldea. Y poco a poco fué descubriendo algo que no había descubierto en todo el curso de sus estudios teológicos. El poder del Espíritu Santo.

Sus estudios teológicos habían sido fríos, noéticos, racionales. El sabía toda la tesis con que se prueba el Espíritu Santo; pero no lo había experimentado profundamente en su corazón. Era un conocedor de libros clásicos sobre este tema, pero no conocía nada de lo que éste libro de Frost explica: el bautismo en el Espíritu Santo.

El camino de regreso se le hizo corto. Estaba embebido en la lectura. Cuando llegó al pueblo en su solitaria casa cural, siguió leyendo el libro sin preocuparse de más, como se lee una novela apasionante.

Era todo un mundo que se le descubría. Pensó que lo que le había sucedido, como a muchos otros, era que él no tenía la fuerza, ni el poder para hablar.

Que sus palabras caían en el vacío y no convencía a nadie. Por primera vez sintió la necesidad de orar profundamente. Fué a la Iglesia destartada y allí, bajó la cabeza. Estaba sudando. Necesitaba recibir el poder que está prometido en los Hechos apostólicos. Recibiréis el poder cuando hayais recibido el Espíritu Santo, y me seréis testigos (Hec. 1, 18).

Tenía seguridad de que algo podía venir a su vida, poderoso y renovador. De un momento a otro se sintió casi morir. Sintió un escalofrío en todo su ser, pero al mismo tiempo una inmensa alegría, un algo que nunca antes había conocido.

Empezó a musitar palabras que él mismo no conocía, palabras inefables. Después se levantó, se limpió el su-

dor y pensó que estaba renaciendo. Pensó que se le ofrecía todo un nuevo mundo y sintió el convencimiento de que su parroquia podía transformarse, y que ahora sí podía hablar.

Salió a la calle: pasaron tres campesinos. Los invitó cariñosamente a una reunión para el día siguiente. Invitó también a dos señoritas. Las únicas que quedaban en el pueblo. Convidó a unos muchachos: y al día siguiente, bajo su propia extrañeza, todas las personas estaban exactamente a las siete de la noche en aquella iglesia, a donde antes casi nadie llegaba, pero les habló de una manera distinta.

Les habló con entusiasmo, que estaba rayando en lo exultante. Les habló de la entrega a Jesucristo, de aceptarlo como salvador, de rendirse a él, de empezar a leer la palabra de Dios. (Hech. 2,14).

Todos estaban subyugados. Para terminar cantaron un cántico que él mismo estaba inventando, y quedaron en volver a reunirse a los tres días. Les prometió conseguirles folletos del Nuevo Testamento para que lo leyeran. Esta era una novedad en su enseñanza pastoral.

La siguiente reunión fué mucho más poderosa. El grupo se había aumentado. El cura que antes no tenía que hacer empezó a sentir que se la iba a colmar la vida de trabajo y de alegría. En los pocos tiempos libres, que le estaban quedando, leía los hechos apostólicos, la primera epístola de Pablo a los Corintios en los capítulos 12 y 14 y el evangelio de Lucas en el Capítulo 11, el verso 13 y el capítulo cinco de la carta a los Gálatas.

Todo era nuevos horizontes para él. A los tres meses la parroquia estaba inundada de pequeños grupos de ora-

ción. Algunos antiguos feligreses que nunca iban a misa, pero que se decían católicos estaban profundamente inquietos.

El sacerdote estaba renovando la parroquia con la lectura de la palabra y con la oración. Murmuraban que el cura se había hecho protestante. Que se había hecho pentecostal. Y en verdad sí estaba poseído del Espíritu Santo.

Cada tres días se reunían los grupos en cantos, en lecturas bíblicas y en una increíble alegría. La Eucaristía se convirtió en una exaltación de gozo y de fe en que todos participaban.

Al poco tiempo algunos de los antiguos feligreses empezaron a llevar cuentos al Obispo. Gracias a Dios este Obispo era muy inteligente y optó por callarse; por dejar al cura que trabajara en el único camino que él había visto posible en la soledad y el calor de la desolada parroquia.

El Señor Obispo pensó con razón que mejor era, indudablemente, una parroquia encendida de fervor, de sentimiento y de emoción, que la antigua parroquia desolada e insignificante.

## DIALOGANDO EN EL CLAUSTRO

El Obispo de una lejana Diócesis de tierra caliente, se pasea silenciosamente por el claustro solitario de su Palacio Episcopal.

Este claustro de columnas de piedra tiene en el centro una imagen de la Virgen cubierta de jazmines y una fuente.

Por la tarde el agua del surtidor resuena extrañamente melancólica en esta soledad. El Obispo a esta hora vespertina, cuando todos se han ido, repasa las incidencias del día, mientras recita el libro dorado de Vísperas.

Algunos casos le han afligido profundamente: el anuncio de tres sacerdotes que se retiran de su oficio, que piden reducción al estado laical y el hecho de que su seminario solo cuenta con cinco alumnos en el Mayor, para una Diócesis de 820.000 habitantes.

Monseñor no encuentra solución alguna. No ve la menor luz para resolver la crisis sacerdotal de su Diócesis. Está ya harto de papeles y de circulares que no tienen ninguna respuesta efectiva.

El Obispo continúa paseándose bajo la sombra de la tarde, entre las arcadas de su Palacio, terminando las paces de la noche.

De un momento a otro, sin saber por qué, piensa en el movimiento llamado por algunos: Carismático, por otros de Renovación Espiritual.

Este es un nuevo problema para su Diócesis. No sabe qué decidir.

En un artículo leyó que este movimiento era la síntesis de todas las herejías de la historia, desde la Gnosis hasta Lutero. Pero también ha oído por otra parte, que hay unos cuantos Obispos y aún Cardenales, y multitud de sacerdotes y de religiosas comprometidos decididamente en esta renovación en el Espíritu Santo.

El Obispo se pasea con su sotana blanca, perdiéndose en las sombras del Palacio.

Sabe que se han formado unos cuantos grupos de oración en la capital de la Diócesis, que ahí se reúnen multitud de jóvenes y de adultos a leer la palabra y a alabar a Dios.

Ha oído también que se han dado casos de don de lenguas, de profecías y de sanidades. La capital de su Diócesis se ha intranquilizado, porque no tenían costumbre de que los jóvenes se agruparan a alabar a Jesús. La tradición en aquella ciudad, calurosa, de clubes campestres de pistas de baile, de piscinas, era que los jóvenes se preocuparan sólo por las muchachas, por paseos, por bailes, por aventuras juveniles y de vez en cuando por algunas huelgas estudiantiles, pero no se preocuparan absolutamente por Jesucristo y por el Evangelio.

Al Señor Obispo le han llegado noticias contradictorias de los "carismáticos". Sobre todo le han llegado los casos exóticos; pero también le han contado que más de mil personas en la ciudad se han rendido totalmente al Evangelio y están haciendo una propaganda extraña a un Jesucristo Vivo, que nos ama y nos salva.

También ha sabido que se están formando pequeñas co-

munidades cristianas, que están imitando la vida primitiva de la Iglesia de mutuo amor, de sumisión, de participación en los bienes temporales y de compromiso espiritual.

El Obispo inteligente y piadoso, se interroga profundamente si acaso esta será la respuesta de Dios para la época más grave de la historia.

Ha recordado las palabras del Papa que dijo que "actualmente es visible y discernible la acción del Espíritu Santo en el mundo".

El Obispo sigue paseándose solitario por el claustro en alternativas interiores, entre la esperanza y el temor.

Algunos canónigos le han dicho que debe prohibir el movimiento. Otros le han insinuado que se debe esperar a ver los resultados.

Algunos sacerdotes son partidarios abiertamente de él, y están seguros que ahí brota una gran esperanza. De repente suena el timbre del palacio.

A esta hora no hay portero, pero Monseñor baja el zaguán y abre la puerta. Es un sacerdote joven cuya causa de reducción al estado laical era una de las que estaba en trámite. El Obispo lo recibe con cariño y con melancolía.

-Vienes a averiguar por tu petición de laicización?

No, Monseñor. No vengo precisamente a eso. Vengo a contarle lo que me ha pasado. Unos jóvenes me invitaron a que asistiera a un grupo de oración carismática. Simplemente por darles gusto asistí. Ud. sabe Monseñor que nunca me he caracterizado por demasiado piadoso.

Yo pertenecía al grupo de los insatisfechos, de los que

sólo estudiábamos la teología de la liberación buscando liberarnos de nuestros propios compromisos.

Había abandonado casi totalmente la oración y hacía mucho que no leía la Biblia.

Francamente, no la aprendí a leer en el Seminario. Fui a ese grupo por curiosidad como un espectador y como crítico.

Pero quiero contarle Monseñor, lo que me ha pasado. Estoy sintiendo algo que no había sentido nunca, aún en el Seminario.

He descubierto una dimensión maravillosa de amor a Jesucristo, de vivencia espiritual del Evangelio.

He continuado asistiendo a las reuniones de Renovación y quiero contarle que me he preparado para recibir el bautismo en el Espíritu Santo.

El Obispo lo miró profundamente y se sonrió.

No se ría Monseñor, esta es una inmensa realidad. Hay que experimentarla para saber que sí es verdad.

Que hay actualmente una oportunidad excepcional para renovar el poder, la grandiosidad del bautismo, la gracia de la confirmación y para actualizar lo que se recibió, y está como atado y latente, en la ordenación sacerdotal.

Yo también creía que era fantasía. Fui muy escéptico ante todo eso. Pero tengo que decirle Monseñor, que es una realidad.

Hay algo en mí que se desencadenó ante la oración de una pequeña comunidad cristiana a Jesús glorificado, para que derramara su Espíritu de manera nueva y en mayor abundancia sobre mí, que ardientemente lo deseaba.

Este Bautismo, Monseñor, es una efusión más del Espíritu Santo, que pone en actividad el rico potencial de gracia que Dios ha dado a cada uno, según su propia vocación y según su propio estado de vida.

Monseñor lo oía atentamente y le dijo: Continúa, te estoy oyendo con interés.

La expresión, Monseñor "bautismo en el Espíritu Santo" viene del texto de los Hechos de los Apóstoles.

Juan bautizo con Agua, más vosotros seréis bautizados en Espíritu Santo dentro de no muchos días" (Hec. 1.5).

Este Pentecostés está aconteciendo actualmente a multitud de fieles, a multitud de jóvenes que estaban sumidos en la mundanidad y se están entregando a Cristo y al Evangelio. Algo se renovó también profundamente en mí, Monseñor. Todo mi bautismo, toda mi confirmación. Toda mi Orden Sagrada.

"Me siento con poder para ser testigo de Cristo" (Hec. 1,8).

Actualmente me he enamorado del Señor. Actualmente siento el deseo implacable de predicarlo, nunca había sentido nada parecido. Mi antigua predicación era sobre la disolución de la Iglesia Jerárquica, sobre el compromiso social únicamente.

Para mí ya no hay sino un sólo libro: La palabra de Dios.

Mi capilla ahora está llenándose de fervor. Antes ella y la casa cural estaban desiertas, y tediosas. Ahora están llenas de jóvenes y adultos que alaban al Señor, que oran y reciben la Eucaristía.

Ahora me da gusto ser sacerdote. Ahora no hay nece-

ciudad de irse a dar clases de literatura a los colegios, ni mucho menos de ir a solicitar puestos profanos. Ahora aparece todo un mundo a quien hay que convertir a un Jesucristo Vivo, a una religión evangélica.

Me aparece la Iglesia como el ámbito necesario y exclusivo donde brota el Cristo auténtico.

Yo quiero decirle Monseñor, el objeto de mi venida aquí. Vengo a suplicarle que retiro mi petición a reducción al estado laical, si es posible todavía.

Yo quisiera decirles a los sacerdotes que están en crisis, que se renueven en el Espíritu Santo, que este es un Camino increíble. Que reciban los dones del Espíritu y sentirán una alegría y un entusiasmo, que no conocían en su ministerio.

El señor Obispo se sonrió de nuevo, y dijo:

-Que reciban también el don de lenguas?

-Sí, Monseñor. Todos los dones. El don de profecía, el don de sanidad, el don de lenguas.

Mejor es poseer el don de lenguas para alabar a Dios, que vivir en el mutismo de donde no brota ninguna alabanza, o que se tenga sólo el don de la crítica para quebrantar lo más intocable.

Quiero continuar diciéndole lo que ha acontecido en mi vida.

Actualmente la misa que digo a veces dura dos o tres horas. Antes duraba veinte minutos y no me sabía a nada. Antiguamente no oraba, ahora vivo continuamente alabando al Señor.

Antes me sentía impotente ante los enfermos, ante los

desconsolados y no tenía tampoco nada que decir en el confesionario, sino sólo banalidades, ahora tengo una palabra poderosa que llega hasta la raíz del mal, que no es mía sino que viene de Jesucristo.

Monseñor dejó hablar al joven sacerdote, sin interrumpirlo. Y después jugando al juego tradicional de los obispos de hacer girar el anillo en su dedo, le dijo:

-Te quiero felicitar por esta renovación espiritual que sientes, ojalá Dios, perdure.

Voy a suspender el trámite de tu reducción al estado laical, Sin embargo debes tener prudencia.

-Unos critican mucho el movimiento por emocional; otros como tú, han sentido realmente una gran renovación.

A propósito tengo otro sacerdote que está a punto de pedir su reducción. Tu lo conoces.

-Sí, Monseñor.

-Tu no quisieras invitarlo a una reunión, por si acaso recibe el don de alegría y de renovación que tu has recibido?

Me sería profundamente penoso que él se retirara porque es el joven en quien tenía mayores esperanzas.

El sacerdote contestó sonriendo: con mucho gusto, Monseñor, con su autorización voy a invitarlo a él a que asista a nuestra misa carismática, a nuestros grupos de oración, y a nuestra preparación para Pentecostés.

Para terminar, Monseñor, no quisiera su Excelencia recibir ahora a un grupo de jóvenes que quieren hacer oración aquí en el Palacio, con su persona?

Monseñor accedió benévolaente, y el joven cura fue a la puerta a abrirles. Siguieron los muchachos.

Fra un grupo de 18 universitarios que tenían todos sus biblias en la mano. Saludaron cariñosamente, sin ninguna clase de complejos al Obispo y se sentaron en un pretil del patio.

Empezaron a cantar un canto religioso que decía: "He decidido seguir a Cristo, sin retornar, sin retornar".

Este canto resonaba preciosamente en el melancólico ámbito episcopal. Parecía que esas melodías estaban haciendo falta en el palacio.

Después se leyó un trozo del Evangelio de Juan, capítulo 16, y se le pidió a Monseñor que lo explicara.

Luego empezó una alabanza entusiasmada de todos a Jesucristo. Monseñor participaba también.

El los miraba de reojo. Deseaba íntimamente que en su seminario hubiera grupos de oración, tan fervorosos como éstos jóvenes universitarios. Deseaba que muchos de sus sacerdotes tuvieran el fervor que esos muchachos tenían, y después preguntó:

Y esto es todo? Esto es todo lo que inquieta a los canónigos? No hay nada fuera de esto? No hay histerismo? No hay separación de la Iglesia? No hay crítica a la jerarquía?

No, Monseñor, no hay nada de eso.

Lo que pasa, continuó el Obispo, es que estamos mal informados. Este movimiento hay que verlo, hay que verlo de cerca.

Y ninguno de Uds. quiere ser sacerdote?

Los jóvenes se quedaron un instante en silencio. Después a nombre de todos contestó uno de ellos: Monseñor, nosotros queremos ser por ahora, predicadores de Cristo, estamos en manos de El, lo que El nos pida, lo haremos.

## MI CRONICA DEL AÑO 2.012

La vida sería intolerable sin soñar

Yo soy un viejo que estoy viniendo en el año 2012, como un sobreviviente del siglo pasado.

Tengo un recuerdo suficiente de los años que "fueron" y una magnífica imaginación. Tomo las nuevas píldoras geriátricas y me siento increíblemente bien.

Todos los días doy un largo paseo por el camino que serpentea al frente de mi casa. A la orilla del Río Cataumbo.

Este río que yo conocí, que recorrí por primera vez hace muchos años en una canoa peligrosa, en busca de los indios motilonos, ahora está bordeado de quintas con aire acondicionado.

Los mismos indios tienen actualmente sus preciosas mansiones a la orilla del río.

Quiero contarles el cambio que he vivido en estos últimos 40 años, desde 1974. No sólo en lo social sino también en lo religioso, porque soy un viejo y feliz sacerdote.

En mi tiempo hablé durante largos períodos en la televisión, creo que puse un grano de arena para promover el cambio. Todo hombre, de algún modo, promueve un cambio.

En lo social quiero contarles algo que a Uds. les puede parecer inverosímil: La renovación carismática afectó to-

da la estructura de la sociedad, cambió a los hombres y les hizo aceptar con toda sinceridad, las palabras del Evangelio acerca de la justicia, del amor y de la igualdad.

Actualmente no hay pobres ni ricos. Los hombres nos convencimos de que debíamos amarnos, de que todos teníamos derecho a vivir bien y lo hicimos, espontáneamente, y sin ninguna violencia. Fue la obra poderosa del Evangelio y del Espíritu Santo.

Yo vivo en el campo. El campo ahora es lo apetecible. Todos lo estamos cultivando. Yo mismo, muy anciano, salgo todos los días a cuidar las frutas y las flores.

Recuerdo que en otro tiempo todos se marchaban del campo a la ciudad. Ahora es lo contrario. Es el retorno masivo al campo.

El transporte por tierra ha disminuído. Todos los viajes los hacemos en buses aéreos, con pequeños helicópteros, en minúsculos motores aéreos individuales, o a caballo.

Se ha cambiado la antigua sociedad de consumo, por una sociedad tranquila, serena, de seriedad, de campo, de salud y alegría.

Se dispone de todo lo necesario. Pero se abandonó la antigua locura burguesa de lo superfluo, de las baratijas, de lo innecesario.

Ahora sólo se tiene lo útil. Pero hay un gran campo para el arte, para la música. Yo recuerdo esa antigua Bogotá, de los años 70, llena de humo, de grandes residencias y de interminables y vergonzosos tugurios.

Ahora la ciudad se ha despoblado en buena parte. La ciudad quedó casi exclusivamente para estudiantes, para investigadores y para hombres de gobierno. Se acabó el

ejército.

Las fábricas se establecieron en el campo. Se acabaron las fronteras con Venezuela de acuerdo con una gran confederación americana.

No quiero contarles a Uds. el cambio total que hubo en el Gobierno. La organización técnica de todos los Departamentos, la división de tierras, la socialización de la producción.

Quiero decirles lo que no crecerán: no quedó en Colombia un solo "ladrón" ni un "raponero" como llamábamos antiguamente.

Los cincuenta millones de habitantes del país, están trabajando intensamente, sin la amargura de las antiguas diferencias sociales.

El Gobierno actualmente es una real democracia. Se ha logrado la participación efectiva de todos en la organización de la sociedad.

La libertad es una realidad. Se ha descubierto el sentido de la responsabilidad, de la libertad. Se ha llegado a la socialización de todos los bienes de producción y de servicio.

Pero lo que quiero contarles es el cambio que ha acontecido en la Iglesia en estos cuarenta años. La antigua Iglesia un poco ritualista y cerrada, un poco agobiada por demasiadas constituciones, se cambió por una Iglesia abierta, fresca, fervorosa como si fuera una nueva primavera.

La oleada del Espíritu Santo penetró en toda ella. Los curas que antes se sentían desubicados, fatigados, soñando muchos de ellos en salirse, en abandonar al sa-

cerdocio, soñolientos otros en los despachos parroquiales, entristecidos con sus iglesias vacías, están actualmente con un entusiasmo increíble, proclamando a Jesucristo en centenares de grupos de oración, de fraternidad, de Eucaristía, de lecturas bíblicas.

Ya se unieron los católicos y los protestantes, manteniendo algunas diferencias propias de sus iglesias.

A este ayudó mucho el movimiento carismático que en un principio fue mirado con tanto recelo. Muchos pastores protestantes fueron ordenados sacerdotes católicos y regresaron a la Madre Iglesia.

Son miles, son millones actualmente los adoradores en el Espíritu y en la Verdad. Ya se abandonó la antigua costumbre de ir a misa el domingo y de embriagarse y adúlterar el viernes o sábado.

Se abandonó la iglesia dualística creada por los hombres, y apareció la bella Iglesia de Jesucristo, en que todo el hombre se entrega a Dios, que es la realización de la primitiva Iglesia de que hablan los Hechos Apostólicos, en que se oraba, se fraternizaba, se partía el pan y se oía la palabra.

Actualmente el libro de la Biblia pasó a ser el libro de los católicos; se ha efectuado una conversión increíble al Evangelio.

No sé si estamos en el último milenio de santidad y de fervor profetizado en el Apocalipsis en el capítulo 20.

Todo se ha vuelto sencillo y bello. Todo se ha descomplicado. Por todas partes penetró el Espíritu Santo con sus frutos de amor y de paz, con sus dones de ciencia, de sabiduría, de profecía, de felicidad.

Los seminarios tradicionales se acabaron completamente, aunque dicen que aún quedan algunos en España. Grupos de jóvenes universitarios se reúnen a orar, a leer la Escritura y a prepararse fervorosamente para ejercer el ministerio.

Ellos no sólo reciben un documento que los autoriza para ejercer, sino poder de Dios y fuerza del Espíritu Santo para proclamar al adorable Jesucristo.

Son maravillosos estos predicadores de ahora. Tienen un poder extraño en el Espíritu Santo; alimentados por la lectura continua de la Escritura. Son distintos de los que yo conocí antiguamente, que hablaban de todo, fatigantes, menos de Cristo. Actualmente son centenares de jóvenes ordenados sacerdotes.

Unos son célibes, otros son padres de familia ordenados. La Iglesia arde en alegría y en entusiasmo evangélico. Desaparecieron las cosas superfluas, y ha quedado lo fundamental: JESUCRISTO inmenso y bello. La Virgen Madre de Jesús, la Eucaristía, la Comunidad, La Autoridad paternal y humilde de Pedro y de los Obispos.

Actualmente, cuando nos encontramos los católicos, hablamos de Cristo que es nuestro tema. Actualmente nos reunimos jóvenes y viejos a formar grupos de alabanza al Señor.

El Espíritu Santo invadió la Iglesia como nunca. Se cumplió plenamente la profecía de Joel: "En los postreros días derramaré mi espíritu sobre toda carne"

Es maravilloso vivir en este año 2012 cuando se recuperó el equilibrio perdido entre lo social y lo religioso. Ahora pienso que todo era tan fácil de reconstruir y

restaurar. Que era tan fácil desmontar la sociedad y la Iglesia de estructuras y supraestructuras de que se estuvo llenando a lo largo de los siglos.

La Iglesia se llenó de amor, de caridad, de alabanzas, de himnos de humildad, por obra del Espíritu Santo.

Lo más maravilloso de ahora son los sacerdotes jóvenes, enamorados de Jesucristo y llenos del Espíritu Santo. Ellos están de tiempo completo al servicio espiritual de los fieles.

Ya no están de profesores de Literatura, ni construyendo barrios como yo lo hacía en otro tiempo. Ya eso el gobierno lo hace en su totalidad.

Ahora es Jesucristo, el Único, el amado, el que se predica, el que se espera. Creo que el año providencial fue el año 1962, cuando Juan XXIII le abrió las puertas al Espíritu Santo, y posteriormente llegó la plenitud.

Ahora me da tristeza la pobreza social y religiosa en que vivían antiguamente cuando no había llegado la Fuerza del Espíritu al mundo.

Es increíble lo que ha sucedido en estos cuarenta años. Antiguamente era una iglesia impotente, que basaba su esperanza en sus propias actividades. Ahora vino el Espíritu y la llenó de alegría, de adoración, de integridad, de pobreza.

El actual Pontífice Juan XXIV ha dado el más bello ejemplo. Abandonó el palacio vaticano, y ha vestido un humilde vestido. Ya no está rodeado de la nube de secretarios que lo ahogaban antiguamente. La mayoría de sus hijos representantes han hecho lo mismo a todo lo ancho del mundo.

La Curia Romana, también ha sido invadida por el movimiento carismático. Nadie lo hubiera pensado.

El Santo Padre no nos habla sino de amar a Jesucristo, de seguir el Evangelio, es humilde, es todo ternura.

Las iglesias están colmadas de fieles que aceptan a Cristo en sus vidas. Son centenares y miles de fieles entregados a Cristo, ahora.

Es verdad que también han quedado los paganos, pero no se bautizaron. Ellos viven en su vida mundana y temporal, pero no se dicen católicos como antiguamente.

El movimiento de renovación en el Espíritu Santo se abrió campo por todas partes.

Nunca la Iglesia había sido tan viva, tan humilde, tan bella y tan poderosa espiritualmente como ahora.

Esta es la Iglesia, de la paz, del amor, de la amabilidad, de la paciencia, de la expectativa de la venida de Cristo.

Esto es lo que yo estoy contemplando y viviendo en este año 2012 desde la orilla izquierda del Río Catatumbo.

## EL TERMINAL

Este joven coadjutor de la parroquia del Terminal, está absolutamente desesperado, no le encuentra sentido a nada de lo que lo rodea.

Allá en la oficina el párroco tranquilamente despacha las partidas y hace informaciones, mientras fuma un tabaco aquietante.

La gente viene y sale del despacho a solicitar registros de bautismo y a apuntar misas.

Pero el joven coadjutor vive desesperado. La casa cural le ahoga, le hastía la multitud de gente que entra y sale como a cualquier oficina.

Se dirige a la iglesia a orar. La iglesia está sola y polvorienta. Unas cuantas espermas arden interminables. A él le parece que inútilmente.

Mira las feas imágenes y no las comprende. Nada en el ámbito del templo le llena el alma.

Se queda contemplando el santuario y hace un acto de fe profundo en Cristo. Pero se dice íntimamente que hay muchas cosas que sobran en la iglesia.

Ve que solamente hay uno completamente necesario y es Jesucristo. Sale a la calle, constata todo un mundo olvidado de El al lado del templo, rodeándolo.

Todo un mundo que nació católico, que no tiene la menor relación íntima con Cristo.

Todo un mundo que se contenta con lo superficial de la religión. Lo demás lo ocupa el trajín de la vida, con sus pasiones, con su distracción con sus egoísmos.

Este joven cura da vuelta por el parque del barrio, lleno de camiones, de peatones, de ventas, de cantinas, de billares, de casas de cita, de cafetines, de negocios, de rateros, de fritangas, de tienduchas.

El joven eclesiástico está desesperado. Sabe que todo ese mundo está irredento. Sabe que nadie acepta a Jesucristo plenamente en su corazón, y piensa muchas cosas. El catolicismo necesita una conversión a Jesucristo. Un abandonar muchas cosas secundarias y concentrarse solamente en El, el único necesario.

Urge un retorno absoluto al Evangelio. Un retorno a la expectativa de la venida de Jesucristo.

Necesita un poder interior nuevo que le haga cambiar algunas modalidades que lo han paralizado.

Este joven cura, bello y enérgico, se da cuenta de que la influencia de la Iglesia es actualmente mínima en la vida interior de gran parte de sus fieles. No los ha cambiado. No les ha ofrecido la densidad del amor a Jesucristo. Les ha ofrecido devociones, pero la seriedad del Evangelio no se las ha ofrecido debidamente, o no ha sido recibida.

Le parecen secundarias muchas cosas que ocupan una gran actividad sacerdotal.

Le parece evasión los curas que se van a estudiar psicología, antropología, etc.

Cuando lo que deben hacer es predicar la belleza, la inmensidad, la actualidad, la urgencia de Jesucristo.

Quisiera tener acceso a los obispos para contarles su

tormento, para contarles lo que él piensa, lo que ha descubierto en la lectura continua del Nuevo Testamento. Intimamente se pregunta qué debe hacer personalmente, antes de exigir a la Iglesia.

Regresa desesperado de ver el mundo cristiano corrompido que rodea el templo.

Formado por personas que se llaman católicos y que están todos en el Reino del pecado, totalmente apóstatas del Evangelio.

De vuelta encuentra en un pequeño escaño del parque unos jóvenes universitarios.

Entra en conversación con ellos. Ya los conocía, como los díscolos del barrio.

Empieza a decirles lo que él siente, la gran apostasía de los católicos que se apartaron de Cristo y se quedaron con velitas y veladoras alejados del Evangelio y entregados a supersticiones.

Empieza a hablarles de que es necesaria la conversión a Jesucristo. Que es necesario amarlo, servirlo fielmente, pensarlo frecuentemente, modelarlo todo a su pensamiento, a su norma, a su mandato.

Los jóvenes comunistoides se quedaron admirados de la palabra cálida del joven sacerdote.

El les pregunta: Sienten Uds. esta necesidad de Jesucristo?

Ellos contestaron:

Padre, ésto es lo que hacía tiempo estábamos deseando. Nosotros nos habíamos apartado de la Iglesia porque no nos daba lo que nosotros queríamos de ella, lo que estábamos buscando.

Nosotros somos muchos los que estamos en este deseo persistente. Si Ud. nos ofrece lo que deseamos, nosotros lo seguimos.

Esta es la palabra que esperábamos. A nosotros nos había casi todo en la Iglesia menos Jesucristo.

Si Ud. nos habla de El, si Ud. nos relaciona con El, si Ud. nos lo descubre, traeremos muchos compañeros. Si lo vemos a Ud. comprometido con los hombres, le llenaremos la iglesia, no de viejos, ni de niños, sino de jóvenes.

Haremos resonar la iglesia con cantos espirituales. Nos apoderaremos del colegio, de la universidad. Eso es nuestra ilusión. Esto nos interesa aún más que la política de izquierda.

Por esto algunos de nosotros se pasaron a ser protestantes, porque no encontraron en la Iglesia católica a Jesucristo. Es duro decirlo, pero es así.

Pero si Ud. nos ofrece a Jesús, nosotros seremos felices de permanecer en ella, y estaremos orgullosos de ser católicos.

El cura se tornó profundamente serio y dijo: Ahora el problema soy yo. Estaré realmente penetrado de Jesucristo? Estaré entusiasmado por El? Seré puro?

Seré pobre? Estaré realmente comprometido? Tendré suficiente amor hacia El para transmitirlo a Uds.?

Les podré dar lo que ustedes me piden? Un amor profundo, apasionado, delirante? Me voy a pedirle al Espíritu la palabra apta para llevarlos a ustedes al ideal del Evangelio.

El joven cura se retiró de los muchachos. Ellos se quedaron mirándolo en silencio.

Con paso ágil regresó a su iglesia. Encontró allí unos que estaban leyendo el periódico en ella, otros estaban conversando. Había un par de novios platicando libre e íntimamente.

Había gente que paseaba, encendía una veladora de veinte centavos y seguía adelante.

Una señora entraba con unos cuadros de vidrio más o menos supersticiosos, enmarcados, para ser bendecidos.

Otra venía a comprar milagros o exvotos de cera, que eran a veinte pesos.

Pero sobre todo pasaban los indiferentes, los que no tienen a Jesucristo en su alma.

Venían a contemplar dos cuadros coloniales que colgaban de las paredes.

El joven coadjutor llegó donde el párroco, quiso hablarle de lo que le pasaba, pero no se atrevió. Lo vio tan lejano, tan distraído en otro mundo que no quiso distraerlo.

Se dirigió a su cuarto. Su cuarto era pequeño, adornado de afiches y carteles del Che Guevara, de Camilo y de Allende. No le dijeron nada en ese momento.

Vio un poco de libros que no tenían ninguna importancia en su vida. Novelas, biografías, temas sobre espiritismo. Toda la literatura de la revolución.

Recordando a los jóvenes encontró que su bagaje interior era insuficiente para ellos. Abrió la Biblia, leyó los Hechos Apostólicos: "Tendréis poder cuando haya venido sobre vosotros el Espíritu Santo y seréis mis testigos en Samaria y hasta los últimos confines de la tierra". (Hec. 2).

Parecía que estas eran las palabras que él buscaba. El

buscaba el poder del Espíritu Santo. Veía toda una Iglesia que necesitaba la renovación, la restauración, en Jesucristo.

Pero en esa palabra del "poder", estaba el secreto de todo. Veía a centenares de ministros sin poder, sin fuerza interior.

Soñó en una Iglesia llena de adoradores en Espíritu y en Verdad. Soñó en un catolicismo fervoroso, sin supersticiosos, sin adúlteros, sin borrachos, sin injusticia, sin folclor, sin desamor, sin procesiones donde van marchando encapuchados que esconden en sus hábitos de Viernes Santo, la botella de aguardiente.

Soñó en que se borrarán de su parroquia los prostíbulos, las cantinas, las casas de cita. Soñó con católicos tratando de ser realmente justos en la inmensa extensión de la palabra.

Soñó en una multitud de católicos viviendo de acuerdo con el Evangelio.

Pensó que debía hablarles de esto a unos cuantos amigos suyos sacerdotes. Pensó que debía reunirse con ellos para tratar en oración el cambio radical de los católicos al Evangelio y a Jesucristo.

Estaba en eso cuando tocaron a su puerta. Era la muchacha de la casa cural que le avisaba que había como 20 jóvenes universitarios que querían hablar con él.

La conversación fue muy directa. Uno de ellos le dijo: "Padre, si Ud. nos ofrece a Jesucristo, nosotros regresamos a la Iglesia.

Nosotros lo deseábamos. Estábamos buscándolo.

No teníamos una voz que nos hablara tan sinceramente

de El. No podíamos dialogar con nadie. Denos a Jesucristo, Padre, no nos dé conferencias.

No piesen en ganarnos con salones de juego, con paseos. Todo eso lo tenemos nosotros por nuestra propia cuenta.

Nosotros al que queremos es a Jesucristo y su justicia. Nosotros sabemos que Ud. nos lo va a dar. Hace años que estamos deseando los jóvenes a Jesucristo.

El Padre quedó en silencio. Antes de responder a esta palabra sublime.

De repente saltó una pregunta inesperada, que ninguno entendió, pero el Padre sí la comprendió bien.

Un muchacho que tenía una Biblia le preguntó al Sacerdote:

-Díganos Padre: Ud. ya tiene la unción del Espíritu Santo? Lo ha recibido?

Ha recibido la Promesa?

El joven coadjutor bajó la cabeza y se quedó pensando silenciosamente en esta extraña y grave pregunta sin atreverse tan rápidamente a responder.

## LA GRAN REUNION

El domingo pasado me invitó Monseñor a predicar en la Catedral. Yo quedé sorprendido. Nunca había predicado en Catedrales, no sabía exactamente como era el rito: de todos modos pensé que debía aprovechar esta oportunidad, e invité a toda la ciudadanía. No iba a perder esta ocasión excepcional.

Invité al gobernador y a sus secretarios: invité a los banqueros y a los industriales. Convidé a los obreros, tanto los de pica y pala como a los sindicalizados y a los usuarios. Convoqué a la distinguida sociedad. A las muchachas ricas y bellas, a los jóvenes universitarios y rebeldes, a las reinas actuales de belleza, y a las antiguas ya desmejoradas.

Invité, por supuesto, a todas las oficinistas afiliadas a CADES, a las Fuerzas Armadas y a los senadores convoqué a los protestantes, y evidentemente a los católicos.

También llamé a un pequeño grupo de masones, los pocos que quedaban. La Iglesia estaba completamente llena.

No cabía una persona más. Estaba el cuerpo diplomático, y el sufrido magisterio. Allí se hallaban los obispos auxiliares y los vicarios foráneos. No faltaban los prefectos apostólicos, los superiores de comunidades y las monjas contemplativas que ya no contemplan nada. Y también, las religiosas de dos votos. También había un grupo de seminaristas en trance de salirse.

Me dirigí a la sacristía y me puse encima una estola morada; me encomendé a Dios con todo fervor, y me encaminé hacia el púlpito. Empecé mi discurso:

Quiero aprovechar esta ocasión excepcional para hablar ante audiencia tan heterogénea y tan representativa, sólo de dos cosas. No esperen de mí ninguna clase de elocuencia, ni de vanas palabras, ni de espuma de lugares comunes.

No les voy a hablar de nada de lo que todos Uds. saben desde hace varios años. Ni del divorcio vincular, ni del ateísmo moderno, ni del concordato, ni de la crisis sacerdotal.

Ni de las drogas juveniles, ni de las relaciones extraconyugales, ni de las experiencias prematrimoniales, ni del matrimonio perfecto, ni de la separación del tálamo, ni de la última moda de los monoquinis de Saint Tropez, ni del ritmo de Ogino, ni de la *Humanæ vitæ* ni de la moral de situación, ni de la teología de la liberación, ni de la liberación de la mujer, mucho menos, de la paternidad responsable.

Tampoco les hablaré a Uds. de la filosofía yoga, ni de karate, ni de los Testigos de Jehová, ni de la gran fraternidad universal.

No hablaremos nada de lugares comunes.

Quiero decirles a Uds. solamente dos cosas: óiganlo bien. Primero que ésta es la época en que Dios está llegando al mundo, como nunca antes en la historia.

Que algo está sucediendo increíble, poderoso, inmenso. Distinto de lo que sucedía hace diez o veinte años. Es la irrupción del Espíritu Santo en nuestra vida.

Se está cumpliendo lo que dijo Joel: "En los postreros días derramaré mi espíritu sobre toda carne".

No puede suceder que estemos tranquilos aquí en Colombia, mientras algo inmenso está sacudiendo al mundo.

No puede ser que cuando el Espíritu está llegando a muchos lugares, aquí en nuestra patria no llega nada, y estamos indiferentes. La historia del hombre está dando una curva maravillosa, y está entrando en un tiempo precipitado en todos los órdenes. En la técnica de la ciencia, en la industria, y sobre todo está entrando precipitadamente en el ámbito de Dios.

Ahora sí, como nunca, Dios quiere apoderarse del hombre. Dios ha tomado el ritmo de la edad moderna: un ritmo precipitado.

Dios está penetrando en la historia: la primera vez fué cuando el Verbo se hizo hombre. Y ahora, cuando el Espíritu viene por segunda vez al mundo.

El quiere apoderarse de los judíos y de los cristianos; quiere formar un nuevo cuerpo, es absolutamente necesario que Uds. se entreguen a Jesucristo. Que Uds. se abran al Espíritu Santo, que Uds. levanten los brazos y alaben al Señor, que Uds. canten la alabanza de Cristo.

No más olvido de Dios, no más olvido de Jesucristo. Y lo segundo que quiero decirles, es que Jesús está cerca. Su próxima venida se avecina.

Escúchenlo bien: El no puede hallar el pecado y las diferencias tan hondas, sociales, que hay actualmente. No puede ser que Jesús venga al mundo y encuentre casa

donde todo sobra y nada falta, y junto casuchas en donde todo falta y no hay nada.

El rechazará esta deformación de su mundo. No puede continuar este desnivel tan horrendo ante su próxima venida. Hay mucho que cambiar radicalmente, apresuradamente, porque Jesús viene.

El régimen de peones y de patronos. El régimen de chozas y de residencias. El régimen de los que tienen cómo viajar y graduarse en EE.UU., y de los que no tienen un lápiz, ni un cuaderno para hacer la primera tarea.

Asómense. Uds. a los barrios, aquí mismo en la ciudad y vean las casuchas inmisericordes.

Caminen por las carreteras y vean los ranchos, y vean los niños raquíuticos e imaginen lo que está más allá de las montañas, donde no llegan las carreteras ni los caminos, donde vive el hombre solitario. Uds. han visto esas chozas perdidas en las cordilleras, desde el avión, cuando van de vacaciones a San Andrés o a Santa Marta.

Yo los he reunido para invitarlos a hacer algo, a hacer mucho por cambiar el mundo, por cambiar a Colombia, por que el Señor regrese pronto. Jesús va a llegar al mundo y va a encontrar lo manchado y profanado por el desamor y por las diferencias sociales, sin explicación justa.

Por qué los unos tienen todo y los otros no tienen nada? Uds. pueden responder, por qué?

Estamos contemplando un cambio de la historia, una curva increíble en el curso de la humanidad. Estamos

viendo la irrupción de Dios en la existencia del hombre. Algo debemos hacer. En primer lugar, estar abiertos a Dios, hacer precipitadamente lo que debíamos haber hecho antes: aceptar a Dios y amar a nuestro prójimo.

Este es el momento de revisar las casuchas que colindan con nuestras haciendas; es el momento de revisar los sueldos que pagamos a nuestros peones. Es el momento de revisar lo que malgastamos en fiestas superfluas y de pensar seriamente en los tugurios donde no hay fiesta, sino desesperación y agonía.

Pero no me refiero solamente a los ricos. Me refiero también a los pobres.

La miseria es un pecado mortal en el mundo cuando es debida a nuestra propia desidia y pereza. Dios debe encontrarnos atentos y vigilantes a cualquier hora que llegue.

Os estoy dando un anuncio glorioso y comprometedor.

En este momento tocó la campana de la sacristía para indicarme que había pasado el tiempo y que debía concluir el sermón. Yo me bajé del púlpito y atravesé la iglesia extraordinariamente silenciosa. Todos estaban con la cabeza baja, porque todos éramos culpables de olvido, de injusticias, de desinterés y de desamor.

## EL DISTINGUIDO CABALLERO

Este distinguido caballero "del alto mundo social", culto, conocedor de la Banca, informado de todas las actividades políticas, industriales, hacendado, profesional, vive más o menos desesperado y aparentemente tranquilo y feliz.

Su vida transcurre en medio de múltiples ocupaciones. Diariamente una invitación a almorzar, a dialogar, a programar y además, la gerencia de su oficina.

Muchas veces se siente al borde del surmenage. Vive en una magnífica casa, con sus hijos, con su mujer, con sus libros, con sus revistas.

Conoce todos los movimientos. Conoce todas las novedades tanto políticas y científicas, como técnicas, económicas y religiosas.

Es un espléndido conversador que discute y juzga todos los temas.

Hasta sus oídos, como es natural, ha llegado la noticia del Movimiento Carismático, pero en él ha encontrado una natural resistencia, mezcla de desconfianza y de inquietud.

El es católico como todo mundo, y pertenece a una agrupación social que guarda celosamente, ante todo, la tradición y la propiedad privada.

Es amigo de los grandes, en todas las esferas, también de los más destacados eclesiásticos. Con ellos conversa

sobre los peligros que amenazan la religión por parte del comunismo ateo y de los movimientos carismáticos.

Cierto día, sin embargo, un amigo le habló del Nuevo Camino. Le informó de algunas reuniones que tenían lugar en su propia casa, en las cuales se alababa a Dios, se leía la Palabra y se recibía la plenitud del Espíritu Santo.

Este Señor, culto, refinado, tranquilo, desesperado, se sintió obligado a asistir por cumplir y por curiosidad. Porque quería saber todo lo extraño que pasaba en la ciudad. Porque él no toleraba que ningún movimiento de cualquier clase brotara, sin conocerlo, sin analizarlo, sin comentarlo, sin criticarlo.

En los círculos sociales él era el que contaba las cosas importantes y juzgaba de todo.

En aquella reunión religiosa, hubo para él una sorpresa: no era una reunión de conversación, ni de discusión, era simplemente de oración. Se sintió sobrecogido, se sintió pobre, se sintió ignorante.

Tuvo que callar por primera vez en su vida. Le pareció que sobraban sus palabras. Le pareció que era un ambiente de sinceridad absoluta. Oyó comentarios de personas humildes que nunca había escuchado. Vió que la muchacha del servicio de la casa, daba testimonio apreciable.

Oyó también lo que dijo un joven de sexto año de bachillerato.

Este caballero no habló nada. Estuvo en silencio durante toda la sesión. Sin embargo algo íntimo aconteció en él. Un descubrimiento de una nueva dimensión religiosa.

Descubrió que la vida cristiana no era solamente co-

mentarios, que la vida no es solamente campo de discusiones, críticas, anécdotas, episodios, sino que la vida era algo inmenso, relacionado con Jesucristo.

Era la presencia de Alguien infinito en el hombre. Era una actitud nueva ante el universo, de adoración y de alabanza. Era glorificación y era amor.

Comprendió en este pequeño grupo humilde, heterogéneo, que el cristianismo no es simplemente para el templo dominical, es para la vida.

Que no se podía gastar el tiempo en discusiones políticas, en crónicas vanales del alto mundo, sino que la faena del hombre era inmensa en la vida. Es la faena de adoración, de construcción, de evangelización, una tarea de relación íntima con Dios.

El caballero siguió yendo a las reuniones llamadas carismáticas. Nunca hablaba. Estaba sentado en el último puesto oyendo y abrumado.

Estas reuniones eran criticadas por muchos, tenidas en gran reserva por otros, y por unos pocos, aceptadas como el lugar de una plenitud espiritual cristiana, y de la auténtica renovación de la Iglesia en los últimos tiempos.

Cada ocho días sin falta, llegaban todos a aquella casa. Allí no se fumaba, no se ofrecía nada, ni de comer ni de beber.

Allí se adoraba a Dios, se leía la Biblia, se pensaba en el hombre. Era todo distinto pero profundamente atractivo.

Había un ambiente de fuerza, un hálito colectivo de amor, de alabanza, que embellecía y subyugaba a to-

dos los asistentes.

Sucedió una vez algo especial: este señor profesional, culto, refinado, crítico, de un momento a otro empezó a sentir la fuerza inaudita de la cercanía del Espíritu Santo. Vió que el Espíritu lo llevaba a cambiar totalmente el plan de su vida. Ya no era un defensor de la tradición y de la intocable propiedad privada. Su religión no era ya para defender los intereses personales ni para calmar ciertos escrúpulos ancestrales, sino que era algo personal, íntimo con Dios, en que se afloraban las exigencias del Evangelio en toda su fuerza.

El Espíritu Santo comenzó a derrumbar en él todos los ídolos. Uno por uno. A derrumbar su posición tranquila y superficial, y a darle una extraña profundidad divina, y al mismo tiempo una paz desconocida.

Le hacía ver todo un mundo cristiano por reconstruir, por rehacer, desde el punto de vista religioso.

Este caballero que antes no se hallaba a sí mismo, cuyo único placer era discutir de todo, ironizar de todo, comenzó a ver un panorama inmenso y serio: el de una ciudad perdida que había que recuperar. Todo lo miraba con ojos distintos. Sentía una urgencia en su corazón. Sentía que ardía una llamarada en su ser, al ver la ciudad olvidada de Jesucristo, pagana y mediocre, con una religiosidad folclórica donde no aparecía por ninguna parte la belleza de un Cristo personal.

Había descubierto que la esencia de este Nuevo Camino es el Poder. El Poder para actuar de otro modo: el poder para llevar a Jesucristo a toda la ciudad y a todas las situaciones.

Este caballero inteligente, antiguamente frívolo, antigua-

mente desesperado, ahora comprende que Jesucristo exige toda una revisión de vida y que el Espíritu Santo da la fuerza para llevar, hasta las últimas consecuencias la doctrina del Evangelio.

Comprendió que debía tomar a cada uno de sus antiguos amigos, uno por uno, y hacerlos cristianos en toda la exigencia de la Palabra.

Comprendió también la dimensión social de la nueva vida que había comenzado. Vió las exigencias íntimas del Espíritu Santo en nuestra vida.

De un momento a otro, sin saber por qué, se sintió liberado de la esclavitud del dinero.

El ganaba mucho.

Era afortunado e inteligente en sus negocios. Pero comprendió el llamamiento terrible de la justicia social, y empezó a estudiar de que modo debía realizar él personalmente la justicia.

Algo curiosísimo estaba sucediendo en su vida: la Liberación. La total liberación de la esclavitud del mundo y de los intereses pecuniarios. Se sintió libre por primera vez en su vida.

Habló de ésto con otros amigos que estaban en el grupo. Todos estaban también recibiendo la fuerza del Espíritu Santo para ser justos.

Y llegaron a un acuerdo práctico: No podríamos nosotros hacer un ensayo significativo, ejemplar, con la fuerza del Espíritu Santo, para relizar en un mundo materialista, egoísta, injusto, el mundo cristiano? El mundo del amor? El mundo de la igualdad? No podríamos hacer ensayos en algunas regiones de Colombia, que significarían un cambio profundo para los campesinos, sin nin-

gún paternalismo, con inteligencia, con la fuerza del Espíritu Santo?

Poniendo el interés que ponemos en nuestros propios negocios?

No se podría hacer en América Latina, empezando por Colombia el ensayo del cambio social, como aplicación y consecuencia inmediata del Movimiento Carismático? Con el amor, con la sabiduría, como dones del Espíritu Santo?

No sería ésto tal vez el único Camino para cambiar la sociedad y construir la ciudad cristiana, la única respuesta ante la violencia, ante los egoísmos, ante las injusticias y las diferencias sociales?

Este Poder del Movimiento Carismático, esta alegría, esta imaginación, este amor, no se podría aplicar en Colombia y en América Latina a desarrollar una nueva sociedad, la soñada perpetuamente por el cristianismo? No sería "La hora"? En aquella reunión que promovió el caballero, había banqueros, industriales, comerciantes, hacendados, todos ellos personas carismáticas. Y el caballero les dijo:

Si el movimiento de renovación en el Espíritu tiene fuerza y sinceridad, debe tener también aplicación práctica en la vida social. Tiene que traducirse inmediatamente en fórmulas concretas para el hombre colombiano.

Por qué no buscar en Colombia unos lugares para hacer un esfuerzo de desarrollo, de progreso, de promoción social, de promoción espiritual?

Para probar lo que puede ser el don del Espíritu Santo llevado a la vida práctica del hombre?

Las palabras del caballero ante el grupo de banqueros y de profesionales, inundadas del Espíritu Santo, fueron aceptadas en silencio por los oyentes. Se formuló un grupo de trabajo.

Un grupo de técnicos de alta calidad que trabajarían en proyectos concretos con la fuerza del Espíritu, con el talento de una gran preparación.

No se trataba de ningún paternalismo, de ninguna limosna. Se trataba de una inmensa y bellísima empresa: el cambio social, derivado del cambio del corazón, de la fuerza operante del Espíritu Santo.

Ya no eran sólo la adoración y la alabanza, la finalidad exclusiva del grupo de oración

Era volcarse a los humildes y tratar de formar en una región campesina, la nueva Colombia espiritualista, en pleno desarrollo social y económico

Allí se iba a formar, se iba a gestar la sociedad cristiana de amor y de participación con toda la técnica moderna. Lo que significa la fuerza del Espíritu Santo en un grupo de campesinos, mezclando la preparación científica de los hombres con la efusión, el poder, la alegría y la originalidad que proceden del Espíritu Santo.

Estos Señores están ya trabajando en esta línea y proyectan extenderse a todo Colombia en una revolución de un absoluto silencio y de una inmensa fuerza.

Se preguntan si ésta no será la solución esperada por muchos años, y en busca de la cual se disputaban las grandes corrientes capitalistas, socialistas, comunistas. Y de un momento a otro ha emergido la nueva fuerza, que se llama la solución carismática en el plano social.

## LA REUNION DE LOS CURAS

Este obispo no tiene aire monacal. No se parece a ninguno de esos monseñores que se ven pintados en los cuadros de las sacristías, pálidos, ascéticos, serios.

Monseñor es sonriente, charlatán. Se burla de todos. Narra cuentos y anécdotas interminables que repite periódicamente. Su conversación es un monólogo increíble.

Monseñor despacha todas las mañanas en su sala magna, distintos papeles que le presenta el secretario; dispensas de matrimonio, dispensas de mixta religión, problemas de pastoral, liturgia, monótonos comunicados de las congregaciones romanas.

Al obispo le llegan los litigios relativos a la educación religiosa y a los profesores marxistas que abundan en los colegios y por supuesto, los problemas típicos de los curas rebeldes.

Pero sobre todo le atañen los múltiples problemas del clero, y los casos frecuentes de deserciones sacerdotales. También llegan a su despacho las quejas de la indiferencia religiosa que se va generalizando entre los jóvenes.

Monseñor comenta con su secretario, la situación de los sacerdotes que están pidiendo reducción al estado laical.

No puede menos de intranquilizarse profundamente ante esta crisis que agobia a la iglesia y que alcanza también

a su lejana diócesis que creía antes preservada del mundo.

Monseñor reúne cada mes a su clero para hablarles sobre todos estos temas. Con ocasión de la reunión de este mes, el señor obispo preparó su discurso con sus tres divisiones habituales que los sacerdotes se saben de memoria: dónde estamos? a dónde vamos? cómo llegaremos?

El obispo les habló con un tono familiar sobre la obediencia a la jerarquía, sobre las exigencias del celibato y las obligaciones adquiridas.

Citó algunos párrafos del Vaticano II, e hizo alusión al último discurso del Santo Padre. Los sacerdotes lo oían distraídos.

Parecía que nada nuevo les estuviera diciendo. Cada uno pensaba en su trabajo, en sus luchas, en sus problemas parroquiales.

Algunos hacían dibujos en el cuaderno de apuntes. Después del discurso el obispo preguntó: Uds. tienen algo que añadir?

Ninguno se atrevió a decir nada. Entre ellos había dos o tres que estaban tramitando su reducción al estado laical. Estos no se sentían aludidos, ni interesados por nada.

Entonces un joven sacerdote recién llegado de la universidad de Notre Dame en Estados Unidos, pidió la palabra.

El señor obispo se la cedió sonriendo, preguntándose íntimamente: qué podrá decir este mozo:

Monseñor y sacerdotes: yo tengo algo que decirles que creo es de inmensa importancia. Lo que voy a expresar lo he experimentado personalmente.

Yo marché a estudiar hace tres años con el permiso de

su excelencia a Estados Unidos. Iba simplemente como un pretexto porque estaba decidido a retirarme del sacerdocio. No le encontraba sentido a mi sacrificio, no me sentía ubicado en nada.

Allá en la Universidad de Notre Dame, tuve una experiencia del Movimiento Carismático Católico, porque sobre todo el mundo el Señor está haciendo una obra poderosa de renovar su Iglesia.

En toda el área de la vida cristiana el Espíritu está renovando, está transformando al pueblo de Dios. Obispos, sacerdotes, religiosos, teólogos, predicadores, católicos, protestantes, líderes de la Iglesia ortodoxa, todos se están renovando por esta obra del Espíritu Santo.

Yo juzgo que este movimiento carismático no ha llegado hasta aquí, porque todo nos llega tarde, hasta el Espíritu Santo.

El señor Obispo miraba al joven sacerdote atentamente, y aunque desconfiado de todo lo nuevo, se sentía orgulloso de él, y parecía que en el fondo estaba de acuerdo con él.

El obispo con voz bondadosa insinuó: continúe, padre que lo estamos oyendo.

Y el sacerdote siguió hablando: se está cumpliendo la profecía de Joel, como en tiempos de pentecostés: "En los postreros días, dice Joel, derramaré mi espíritu sobre toda carne" (Hec. 2,17).

Cuando esto suceda, señor obispo y sacerdotes, se llenarán los seminarios de jóvenes aspirantes. No seguiremos vendiendo seminarios y noviciados porque están vacíos,

porque nadie acude.

Ahora yo estoy enamorado de Jesucristo. Ahora no pienso huír. Pero es porque recibí una renovación en el Espíritu Santo que se llama el Bautismo, el nuevo Bautismo, del cual el bautizador es Jesucristo, y que es el acontecimiento principal de los Hechos Apostólicos.

Se formó un pequeño grupo alrededor de El, y uno de ellos con voz familiar pero profundamente sincera, le dijo echándole el brazo a los hombros. Ahora, aquí en la intimidad, qué es eso misterioso del bautismo en el Espíritu Santo, y cómo se recibe? .

## EL PADRINO

Este hombre fue enviado de padrino a un bautismo. Nunca había asistido a esta ceremonia. Llegó indiferente, únicamente por cumplir un compromiso social.

El sacerdote empezó con profunda emoción a leer las palabras del ritual. El libro sagrado hablaba de una relación definitiva con Jesucristo que brota del sacramento. De un aceptarlo a él como Salvador, de un sumergirse en el misterio de la muerte y de la resurrección de Jesús.

Mientras el sacerdote iba leyendo con vigor inusitado las oraciones rituales, el niño que iba a ser bautizado lloraba. El padrino lo miraba con una mirada profunda, y veía en ese niño todo un extraño destino que le hacía recordar el curso variado de su propia existencia.

El padrino empezó a interesarse extrañamente por el contenido del rito y de las palabras sagradas. El sacerdote leyó un pasaje del evangelio de Juan, capítulo III acerca de Nicodemo.

Nicodemo había venido una noche a Jesús y le había preguntado: Rabí, sabemos que has venido como maestro de parte de Dios, pues nadie puede hacer los milagros que tu haces, si Dios no está en él. Respondió Jesús y le dijo: En verdad te digo, el que no naciere de arriba no puede entrar en el reino de Dios. Dijo Nicodemo: Cómo puede un hombre nacer siendo viejo, acaso puede entrar de nuevo en el seno de su

madre y volver a nacer? Respondió Jesús: En verdad te digo, que el que no naciere del agua y del espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Es preciso nacer de arriba.

Este padrino que había venido a la iglesia distraído, sin ningún interés espiritual, estaba comprendiendo cosas. Estaba entendiendo que ser bautizado significa ser sumergido en Jesucristo, en su muerte y en su resurrección. Que esto comporta una entrega personal, un nuevo nacer, una nueva vida.

El padrino sin saber por qué, estaba profundamente impresionado por el misterio de un hombre en el mundo, y por el misterio de un nuevo cristiano.

El había sido bautizado, pero todo su cristianismo consistía en haber sido inscrito en el libro parroquial.

Personalmente nunca había puesto atención al compromiso bautismal. Sentía que no había nacido de arriba, ni del espíritu, que no había sucedido en él el nuevo nacimiento enseñado por Jesús.

Veía muy bien que no había entrado en una relación personal con Jesucristo. Que jamás había pensado en consagrarse a El.

Le pareció que todo su cristianismo había consistido en una inscripción formalista en un libro parroquial. Pensó íntimamente que él debía cambiar. Se preguntó insistentemente qué significaba el nuevo nacimiento de que habla el Señor, y juzgó de paso que debiera de hacerse un nuevo censo de cristianos. No afirmar como se dice de ordinario, que en Colombia hay 24 millones de cristianos, porque así lo arrojan los datos de los libros parroquiales, sino que era necesario hacer una nue-

va inscripción, de los que en realidad han optado por Jesucristo y se han consagrado a El. De los que están en íntima relación con El, iluminados por el Espíritu. Pensó que en estas condiciones los cristianos de Colombia descenderían notablemente en número pero serían los verdaderos.

El padrino, mientras el niño lloraba inconsciente de lo que estaba sucediendo en sí mismo, sintió que todo el rito bautismal lo acusaba personalmente. Que las lecturas bíblicas lo fustigaban.

Este padrino empezó instintivamente como inspirado por Dios a arrepentirse de sus largos años de un cristianismo mediocre que era simple título falso, una simple denominación externa que no comportaba nada en su existencia.

Y ahí mismo, al frente del altar, sintió que una oleada interior religiosa lo llevaba a entregarse totalmente a Jesucristo, a aceptarlo como Salvador, a una entrega total personal. El padrino estaba temblando, estaba sudando.

Quiso volver a leer el evangelio de Juan. Es necesario nacer de nuevo. El que no naciere de nuevo no puede ver el reino de Dios. Recordó que en su casa estaba el Evangelio empolvado y arrumado.

Después de la ceremonia salieron todos y se dirigieron a la casa del bautizado. Todos habían notado la palidez del padrino y el temblor extraño que tenía durante las ceremonias.

Cuando llegaron a la casa destaparon las botellas de champagne.

El padrino se sentó en la sala, silencioso. Comprendió que todo aquello que iba a comenzar, la fiesta mundana no concordaba exactamente, con las enseñanzas de Jesucristo.

Empezó el baile en honor del bautizado. Era una música antillana desesperante. El padrino no pudo resistir y se acercó al padre de familia y le dijo: Vas a creer que soy un místico, pero no estoy de acuerdo con este baile en el día en que tu hijo ha sido realmente hijo de Dios.

Te digo que me parece absurdo todo esto. Me ha sucedido algo extraño en la ceremonia del bautismo de tu hijo. He comprendido la inmensidad de ser cristiano. Me parece ridículo que nos llamemos cristianos, solamente por una denominación parroquial, que nunca hayamos verificado el hecho de que debemos entregarnos personalmente a Jesucristo. Me voy de la fiesta, porque estoy haciendo un papel extraño.

Estoy dando una nota discordante en medio de estos cristianos que no tienen la menor idea de lo que es ser bautizado, ni verifican la inmensidad que comporta el hecho de ser sumergido en la muerte y en la resurrección de Jesucristo.

Excúsame que te estoy hablando un idioma que yo antes no conocía. Me sucedió esta experiencia con Jesucristo en la Iglesia cuando estaban bautizando a tu hijo. Es una cosa totalmente desconocida e inesperada para mí.

Ya sé que la costumbre tradicional es esto que tú estás haciendo. Tomar licores después del bautizo. Pero yo es-

toy agonizando interiormente. Se me ha abierto el misterio de Jesucristo y de sus exigencias. Yo estoy haciendo un papel totalmente discordante aquí.

## LA MELANCOLIA DE LA VIDA

A este hombre le ha entrado la melancolía de la vida. Sin embargo no tiene ningún motivo aparente para ello. Ha triunfado en todo, logró una fortuna aceptable. Construyó una buena residencia. Posee un carro, tiene hijos universitarios, lo acompaña su mujer de edad madura. Goza de una buena renta, adquirió una buena casa de campo y disfruta de una buena salud.

Pero a pesar de todo, le ha acometido a esta edad alrededor de los 50 años, una profunda tristeza, la tristeza de la muerte. Se siente amenazado. Siente que todo va a terminar que todo es fugaz y frágil, y ha llegado a poner en tela de juicio todos los valores humanos.

Se ha tornado escéptico ante todo lo que halaga a los hombres. Este hombre lee los libros afamados y efímeros que inquietan al público bogotano periódicamente: Cien años de Soledad, el Mono desnudo, Marcuse, El choque del futuro, Oh Jerusalén.

Este año no se ha publicado nada que haya atraído su interés del lector. Y ha escogido el Nuevo Testamento como libro de cabecera. Lo ha hecho casi exclusivamente por pasar el tiempo. Eventualmente abrió el libro en la Epístola a los romanos capítulos 6, 7 y 8, y esta lectura de Pablo lo ha conmovido profundamente y lo ha introducido en una nueva perspectiva.

San Pablo parece que está inundado de alegría. En qué consiste esa alegría? Simplemente en la seguridad de la

salvación. "Quién nos condenará? Acaso Cristo que murió por nosotros y más aún, el que resucitó, el que está a la diestra de Dios, el que intercede por nosotros? Quién nos separará del amor de Jesucristo? Yo estoy seguro de que ni la muerte ni la vida, nos pueden separar del amor a Dios, manifestado en Cristo Jesús".

Este hombre inteligente y refinado, es consciente de la amenaza de la muerte y está encontrando la única solución en la lectura de la Palabra de Dios. También ha leído de Pablo lo siguiente: "Dios muestra su amor por nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros". Pues mucho más, ya purificados en la sangre, por El seremos salvos de la ira (Rm. 5,8-9)".

Este hombre culto, experimentado y desconfiado, ha empezado a sentirse tranquilo, ha comenzado a verlo todo distinto, ha apartado de sí la angustia de la muerte y la melancolía. Tenía antes una religión un tanto jansenista, que lo llevaba a pensar que solamente por sus propios méritos podría salvarse, y ahora Pablo le está enseñando que es por los méritos de Jesús que estamos salvos.

Ahora ha leído que somos "justificados gratuitamente sólo por gracia, mediante la Redención que está en Cristo Jesús" (Rm. 3-24).

Este hombre exquisito y escéptico está comprendiendo que hay una maravillosa expectativa en el futuro, y es el encuentro con: Cristo Salvador, El Gran Mensaje, la gran buena nueva que nos ha traído Cristo, el gran anuncio consiste en que no pereceremos, en que seremos felices, en que algo extraordinario, más bello que cualquier viaje, que cualquier situación afortunada nos

está reservado en el futuro.

Jesucristo nos espera. Jesucristo en quien encontramos la salvación. Esto lo está sintiendo personalmente, no por información ajena, sino íntimamente, por una experiencia personal, se está sintiendo salvado. Hay algo increíblemente feliz en esta experiencia; en esta expectativa de la llegada de Cristo; ya no es el terror de un abismo irsondable y oscuro, no es el horror de la tumba, es el acercamiento de Jesucristo que nos ha salvado definitivamente. Es la seguridad absoluta de un mundo incomparablemente bello que nos espera, es la absoluta confianza de que Cristo no nos engaña.

Este descubrimiento, esta esperanza supera totalmente cualquier alegría. La alegría de ser joven, y la tristeza de envejecer.

Este señor que rescató la alegría, se reúne habitualmente con sus amigos en la finca. Antes el era taciturno. La reunión tenía una nostalgia contagiosa. Era todo recordar el pasado, irreversible, ahora todo se ha vuelto jovialidad y gozo.

Un día en medio de unas copas reveló a sus amigos el motivo del cambio. Yo estaba triste porque me sentía amenazado por la muerte; porque me sentía viejo, porque miraba al rededor mío una juventud agresiva. Pero he encontrado la alegría en la fé absoluta en Jesucristo. Ahora me río de los jóvenes; les tengo un poco de lástima.

Este hombre taciturno y discreto que jamás antes se atrevía a hablar de Cristo, empezó a hablar de El a sus amigos, con tal poder, que ellos mismos empezaron a sentir la alegría de la salvación. Comenzaron a des-

cubrir al adorable Jesucristo. Y hallaron que no hay solución para la vida, sino sólo El.

Ni los viajes, ni los libros, ni el amor consuelan a un hombre inteligente ante la pesadumbre de la muerte, sino sólo Jesucristo.

Este hombre antes egoísta, abandonó la misantropía que le estaba carcomiendo la vida, y se entregó al amor al hombre, se solidarizó con los hombres. Empezó a dudar de la justicia, de su propia situación de bienestar.

Y descubrió que era todo un mundo el que debía ayudar a transformar. Se sintió por primera vez en su vida comprometido en algo distinto de sus propios intereses.

Este hombre que antes solamente hablaba vanalidades y amarguras, que no tenía ninguna palabra profunda ni trascendental, introdujo con una naturalidad absoluta la inmensidad en sus conversaciones.

Su conversación comenzó a estar iluminada por la alegría, por lo perpetuo, por la belleza.

Sin ser beato ni camandulero, se volvió extraordinario este hombre, cuando descubrió que estaba salvo, con una salvación segura y absoluta en Jesucristo.

## CUANDO TU SEAS SACERDOTE, MI QUERIDO JOVEN

Oyeme, lo que te voy a decir.

Cuando seas sacerdote tu irás a los pobres, irás a las casitas pequeñas y humildes de los pobres, y allí te sentarás en la silla desvencijada de la sala que sirve de cocina y de comedor... y conversarás con ellos.

No les llevarás nada.. les llevarás simplemente amor.. ellos necesitan sacerdotes que los quieran.

No te sientes en los salones lujosos de los ricos. Allí no hay nada que hacer, la conversación es aburrida y monótona.

Mientras que en las casitas de los pobres es una delicia sentarse mientras traquetean las sillas desvencijadas.

Si te ofrecen un pedazo de yuca, cómelo que sabe muy sabroso la yuca de los pobres.

Ayúdalos a resolver sus problemas, el problema de la escuela de sus hijos y del puesto del papá.

Si tienes dinero, gástalo con ellos, mejóralos la casa, tú mismo ayúdalos a pintar el rancho, y si no tienen ollas, tú mismo cómpraselas en la plaza, el domingo del mercado.

Mientras seas joven, vé a jugar con los muchachos del pueblo al tierrero de la plaza.

No te de pena estar con los hijos de los pobres.

En tu Iglesiasita te cuidarás especialmente de dos cosas:

del Sagrario y del bautisterio. El Sagrario tendrá siempre flores frescas que tu mismo cultivarás en la casa cural. . . . y sobre todo tendrá el amor tuyo, tus cuitas ante Cristo. Todos los días vendrás a conversar con el Señor. Le dirás tus cosas íntimas, tus luchas, tus derrotas, tu soledad, tu amor. Le preguntarás los métodos que debes seguir. Después comprenderás todo esto.

Harás que todos sigan la misa, y la ofrezcan contigo. Les enseñarás a cantar a todos tus feligreses. No es difícil, y es el camino de reconstruir la parroquia cristiana.

Que la eucaristía que tu celebres sea siempre realizada en la fuerza del Espíritu Santo. El es quien santifica el pan y el vino y los convierte en cuerpo de Jesús. El es quien une a los cristianos en un solo cuerpo: la Iglesia de Cristo. El es quien da gozo, como dice Pablo. Por eso tus celebraciones deben ser verdaderas fiestas, con la alegría del Espíritu Santo.

Cuando tú seas sacerdote, tendrás tu buen potro o tu buena motocicleta, tu buen jeep y no te quedarás como un ratón de sacristía... La parroquia te debe conocer, te debe ver por todas las veredas conversando con los humildes y resolviéndoles todos los problemas. Llena tu parroquia con grupos de oración. Que todos los fieles confiados a tí tengan la Biblia, y que la lean, que se reúnan para alabar y dar gracias al Señor, que se entreguen todos personalmente a Jesucristo.

Llevarás cuenta de todos los muchachos que van a las escuelas... y de los que no van... y de todas las penas de tus feligreses.

No sabes lo sabroso. Lo bello, que es ser sacerdote... No supones las posibilidades de bien que trae serlo...

Pero ser un sacerdote pobre...! pobre en dinero... El día que seas rico será una desgracia para tí. Porque significa que habrá muchos pobres no socorridos, muchos pobres abandonados... y debes ser rico también.. rico en alegría, rico en entusiasmo.

No te imaginas lo que se te espera... Un campo maravilloso. Mucho más interesante que el de tu compañero de bachillerato, que está estudiando medicina, o abogacía o ingeniería.

Pero eso sí, con la condición de que seas un sacerdote integral... y que te gusten los pobres y los humildes... con la condición de que te guste Jesucristo.....

## EL CURA SOLITARIO

Las oxidadas manecillas del viejo reloj del pueblo marcan al una y veinte minutos de la tarde. El puebluco está solitario, bajo un sol implacable de verano.

Por la plaza desolada pasa lentamente un campesino que lleva a las espaldas un tercio de leña y arrea un asno también cargado.

Salta monótona el agua de la pila, y éste es todo el ruido que se oye en el pueblo dormido.

El Señor Cura Párroco se pasea a lo largo del atrio tomando un poco de resolana después del almuerzo.

Es un sacerdote en plena juventud y vigor. Su rostro noble y sus ojos vivos revelan a un hombre especialmente dotado para el trabajo y para la acción.

Con los brazos cruzados mirando distraídamente el horizonte, el señor Padre llega al final del atrio, y regresa para comenzar su camino.

Tiene su aspecto cierta nostalgia, cierta honda tristeza de que nadie es testigo porque el pueblo vive solo y el Señor Cura no se vé con sus feligreses sino exclusivamente los domingos, días en que bajan de sus ranchos lejanos.

Durante la semana diez o quince personas van a misa, algunas de ellas confiesan sus trivialidades, las mismas siempre, sin mayor propósito de enmienda.

El señor Cura existe sin ninguna compañía en la casa

cural. Un bobito viene todos los días a traerle en un desvencijado portacomidas la alimentación, y él mismo barre su pieza y su salita.

Por las mañanas riega algunas matas que le dan flores para el altar, y el resto del tiempo lo divide entre la oración y el estudio, cuando no tiene que salir a alguna confesión al campo.

Esta tarde el señor Cura, en silencio como siempre, regresa a la casa cural, después de su metódico paseo. Entra a su pieza limpia y desplomada, y se sienta en un sillón antiguo. Mira sus libros, y un sentimiento extraño de desilusión se marca en su rostro.

El, que sabe mucho, o, al menos, mucho más que los otros, para quien no tienen secretos San Juan Crisóstomo ni San Agustín, que ha estudiado toda la Suma de Santo Tomás, se siente en estos momentos con una grave tentación...! la de coger todos los libros y echarlos a la candela!

Recuerda que en el seminario había sido el mejor alumno de su curso, y que había mostrado grandes talentos para la oratoria... Pero qué va a hablar de nada de lo que él sabe a sus humildísimos feligreses, que apenas si entienden las verdades más rudimentarias de su religión? Para qué le sirven ahora su latín y su griego, si no tiene con quién tratar de eso, si todo lo que supo se está empolvando en la memoria, sin hallar ocasión de manifestarlo?

El señor Cura, haciendo crujir siniestramente su sillón, recuerda las ambiciones que tuvo en el claustro de obrar mucho bien, de conquistar muchas almas, de organizar grandes obras sociales, y mira la realidad actual. Lleva

cuatro años en aquel villorrio, le parece inútil pensar en obras sociales, ya que los campesinos viven demasiado separados y no muestran ningún deseo de mejorar de condición.

Cuatro años! . . . en lo mejor de su vida. . . Tiene la sensación de un soldado en pleno vigor y brío, colocado en un lugar desierto donde no ha de ser nombrado en ninguna orden del día, donde no tendrá campo para ningún heroísmo.

El señor Cura se siente triste, pero sobre todo se siente equivocado. Ve que todo eso que soñó no tuvo ninguna consistencia, que sus largos estudios no le sirvieron de nada, sino de dolor y de inquietudes insatisfechas. Qué objeto tuvieron su oratoria deslumbrante, su espíritu lleno de iniciativas y de recursos, y sobre todo sus bellas esperanzas.

El, que palpitó siempre con el deseo de la aventura, para quien era un grito profundamente auténtico el lema de los antiguos valientes: "Vivir no es necesario, es necesario navegar". Siente en esos momentos lo terrible de la quietud obligada y sin sentido.

Desde su ventana mira las cruces blancas del cementerio del pueblo, donde pacen algunas cabras: allí le tocará seguramente descansar y dejar su nombre sin historia.

Y el señor Cura cae en otra vieja tentación. Hace mucho tiempo le está rondando en su espíritu. La de escribirle al Superior de las Misiones extranjeras para que lo acepte en la comunidad y lo envíe por allá lejos, donde haya peligros, donde haya heroísmo, donde no se le pase la vida en esta tremenda monotonía que marcan las oxidadas agujas del reloj pueblerino.

El joven sacerdote cierra los ojos y piensa en lo que siempre ha deseado: en morir bellamente; en terminar en un despliegue gallardo de amor a su ideal. Tiembla de que lo vaya a coger la muerte de una vulgar intoxicación o de viejo, en este sitio donde estuvo en silencio, sin hacer otra cosa que esperar.

Se sienta en el carcomido pupitre y empieza a escribir la carta que tiene hace tiempo pensada y redactada en su espíritu.

Se pasa la mano por la frente y sueña con una vida activa, aventurera, llena de lo inesperado... Piensa en los ríos caudalosos de las misiones, en los indios, en las fieras, y sobre todo en la muerte, en su "bel morir" que toda vida ennoblece.

Y piensa también en la desgracia imperdonable de un morir insignificante.

Pero interrumpe la carta súbitamente porque recuerda una promesa.

En el fondo de su armario tiene una caja que le regaló su antiguo director de seminario, con el compromiso de no abrirla sino cuando estuviera para hacer algo muy importante.

Fue, pues, al armario, y encontró allí la caja polvorienta. Rompió los sellos y halló dentro un libro precioso encuadernado en cuero y marcado con una cinta azul en cierta página.

Abrió donde estaba la marca, y vió unas líneas muy subrayadas en rojo. Eran unas palabras de la epístola de San Pablo a los Filipenses: Cristo se anonadó a Sí mismo.

El señor Cura recordó la estampa ascética y dulce de su

antiguo director. Le pareció estarlo viendo con su cabeza calva y cana, con sus ojos azules y con su sonrisa de santo, le parecía estar oyéndolo.

Volvió a leer la palabra subrayada y comprendió todo su sentido y toda su oportunidad. Al fulgor de ese pensamiento entendió su deber.

Apareció ante él plenamente la grandeza sublime del silencio, del olvido, del aniquilamiento personal para el triunfo de Cristo.

Con el recuerdo de Cristo aniquilado se descubrió ante sus ojos el significado y el heroísmo de su soledad y de su noche.

## INDICE

Logré hablar con el Papa	3
El ateo	8
Los caminantes	12
La comunidad	21
Cuento sobre un joven teólogo	28
La lejana parroquia	33
Dialogando en el claustro	37
Mi crónica del año 2012	46
El terminal	53
La gran reunión	60
El distinguido caballero	65
La reunión de los curas	72
El padrino	76
La melancolía de la vida	81
Cuando tu seas sacerdote	85
El Cura Solitario	88